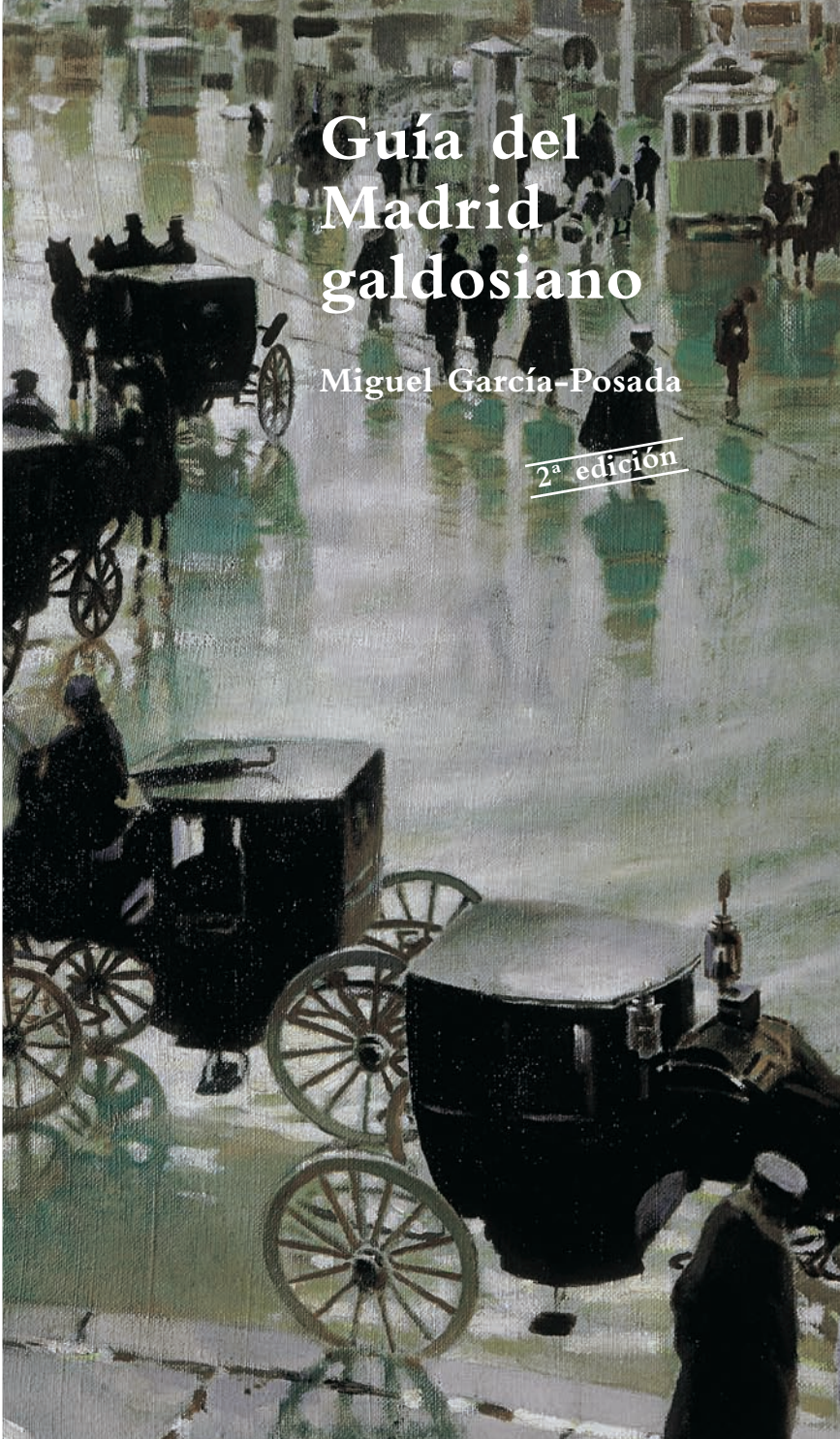
Guía del Madrid galdosiano

Miguel García-Posada

2ª edición



Guía del Madrid galdosiano

Retrato de Galdós joven

Guía del Madrid galdosiano

2ª edición

MIGUEL GARCÍA-POSADA

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Consejera de Educación
Excma. Sra. Dña. Lucía Figar de Lacalle
Secretario General Técnico
Ilmo. Sr. D. Manuel Pérez Gómez

Área de Publicaciones
Ana Belén Diez Rivero, Javier Fernández Delgado, Gema Recuero Melguizo, Mari Cruz Sombrero Gómez, Inmaculada Hernández Gómez, Eva Pérez Aneiros, Paloma Montes López, Mª Ángeles García Jimeno.

Diseño gráfico
Rafael Cansinos
Preimpresión e Impresión
Ibersaf Industrial, S. L.

ISBN: 978-84-451-3131-2
Depósito Legal: M-19867-2008
Tirada: 1.000 ejemplares
Edición: 5/2008 (2ª edición)

Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

© Comunidad de Madrid. Consejería de Educación Secretaría General Técnica, 2008
Alcalá, 32 - 28014 Madrid. Tel.: 917 200 564. www.madrid.org/edupubli

© De los textos electrónicos de las ediciones digitales de Galdós:
Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes y Universidad de Alicante www.cervantesvirtual.com Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

© De la cartografía: Ayuntamiento de Madrid. Gerencia Municipal de Urbanismo

De las ilustraciones:
© Documadrid
(Reyes García Valcárcel, Ana María Écija, Soledad Valcárcel, Diana Pujol y Ángel M. García)
© Ayuntamiento de Madrid. Museo de Histora de Madrid. Hemeroteca Municipal.
© Museo Nacional del Prado (Madrid)
© Archivo Ruiz Vernacci, IPHE. Ministerio de Cultura
© Colección María Manzanera
© Santiago Rusiñol. VEGAP, Madrid, 2005
© Archivo Espasa-Calpe (Madrid)
© Colección Carmen Thyssen-Bornemisza
© Museo Cau Ferrat (Sitges)

◄*Cubierta:* Detalle de *La Puerta del Sol hacia 1900*, de Martínez Cubells0

Se han realizado todos los esfuerzos conducentes a la localización de autores y herederos para el abono de los derechos de autor. En algún caso no ha sido posible dicha localización. La Comunidad de Madrid reconoce en cualquier caso la existencia de los citados derechos de autor.

Impreso en España - Printed in Spain

Impreso en papel ecológico libre de cloro

¡Madrid, Madrid! ¡Qué bien tu nombre suena,
rompeolas de todas las Españas!

Antonio Machado

ÍNDICE

Presentación ... 11

1. LOS BARRIOS DE LA IDENTIDAD MADRILEÑA ... 15
2. PASEOS ... 21
3. EL «GENUINO» MADRID; PLAZA MAYOR, MATRIZ ... 37
4. CALLE DE TOLEDO: HISTORIA Y VIDA; PUERTA DEL SOL ... 49
5. «EN LA CALLE DEL TURCO YA MATARON A PRIM» ... 63
6. LAS CALLES DE LOS CELOS ... 69
7. PAISAJES MADRILEÑOS. CALLES Y ESPACIOS SOCIALES ... 77
8. LA PERIFERIA TRÁGICA ... 87
9. LAS CALLES DE LA MISERIA ... 95
10. VERANEOS ... 111
11. EN LOS TOROS Y EN EL TEATRO ... 119

APÉNDICES

Una topografía del Madrid galdosiano ... 123
Propuestas didácticas ... 127
Rutas galdosianas ... 129
Bibliografía ... 131

Índice de nombres ... 133
Índice de ilustraciones ... 140
Títulos publicados ... 144

PRESENTACIÓN

El Madrid de Galdós es universo a la vez mítico y real, fabuloso y testimonial, poético e histórico. Quiere decirse que el gran novelista fue ante todo un demiurgo, un creador, que pobló el mundo de sus novelas y narraciones y con criaturas y episodios que su poderosa imaginación le fue dictando, pero a la vez tuvo muy en cuenta las referencias del universo en que se movía: sus espacios, sus historias, sus gentes.

En ocasiones, como ocurre en los *Episodios Nacionales*, espacios, historias y gentes arrancadas de la realidad conviven con las expresiones circunstanciadas de aquella mente tan vasta, de modo que algunos de los héroes galdosianos están tan vivos como los que tuvieron existencia histórica. Galdós pretendía ser veraz, fiel a las categorías fundamentales de la realidad. No fue un cronista más de la villa de la mayoría de sus fábulas; fue un cronista poética y, como tal, verdadero. Galdós es fiel a la realidad de la que parte; no la distorsiona: la trasciende.

Por eso es posible, aún hoy, buscar en el Madrid del siglo XXI las huellas del Madrid galdosiano, el Madrid del XIX. Un Madrid que «habla» en las páginas galdosianas con las voces del amor y del desamor, del afecto y del rencor, de la lealtad y la injusticia, del patriotismo y de la traición. Podemos visitar la calle de Toledo e imaginar, el libro de Galdós en la mano, a don Diego de León dirigiéndose digno al patíbulo de su fidelidad a la causa de la libertad más pura. Pero podemos ver también –verla, sentirla– a Fortunata en la Plaza Mayor o en la calle del Ave María, estampada en la tierna frente la imagen de su hombre, el sinvergüenza Juanito Santa Cruz, padre de su hijo, que perpetúa la especie de un pueblo que no se resigna a morir. Y podemos imaginar

al pobre de Villaamil, triste cesante, buscando un lugar donde clausurar tanta personal desgracia.

Todo ello a través de calles que existen aún en muchos casos y que nos restituyen la topografía humana, cálida, de aquel Madrid que creó y recreó, pero también reflejó, el poderoso genio de este escritor canario que hizo de la capital de España el afortunado escenario de sus invenciones y quimeras, pero también de sus crónicas y testimonios. Como el París de Balzac, como el Londres de Dickens, el Madrid de Galdós pertenece a la literatura universal, pero también a los españoles y a los madrileños. De ahí la finalidad de este libro. No pretende ser una guía erudita ni exhaustiva, que acaso ya esté hecha en cierta medida, sino una guía cordial, cálida, didáctica –y poética– para los madrileños, sobre todo para los que están en edad de formación, pero también para cuantos nos visitan y quieren tener de este «rompeolas de todas las Españas» un juicio que exceda los clichés y tópicos al uso. Por eso no se limita a la descripción de las calles; destacamos, sobre todo, su condición de vías vivas, por donde transita el aliento plural y terrestre de la existencia.

En esta confianza la ponemos en manos de estudiantes, visitantes y madrileños en general.

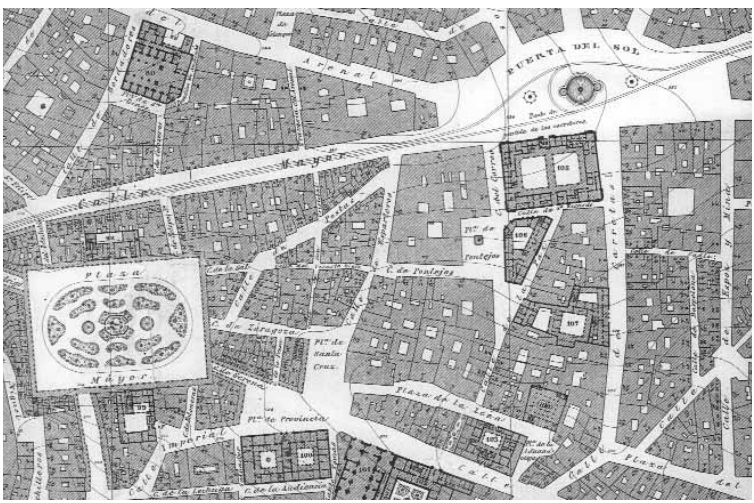
A la selección de los textos de Galdós se une, como componente fundamental, la ilustración gráfica, que visualiza la magia verbal de don Benito y su poesía de la verdad.

El firmante de este prólogo quisiera que su labor se considerara como lo que ha sido; tarea de coordinación de un grupo de vigorosos profesionales. Esta obra es, en cierto modo, colectiva. Pero los errores son de quien suscribe.

Benito Pérez Galdós, ya anciano, con su perro en el patio de su casa

1
LOS BARRIOS DE LA IDENTIDAD MADRILEÑA

Rosalía Pipaón de la Barca, destacado personaje galdosiano, que reaparecerá en *La de Bringas* –ella es la de Bringas–, lleva a cabo, en Tormento, una muy representativa descripción topográfica del *genuino Madrid,* el Madrid de su autor, en el que él hará vivir a sus personajes sus más relevantes aventuras (Madrid del sudeste). Para recorrer Madrid de la mano de Galdós este párrafo es muy útil, delimita el que era para él el genuino Madrid: Madrid de los Austrias, nacido y crecido en los siglos XVI y XVII, Madrid de la plaza de Oriente y el Palacio Real, Madrid que admite la Puerta del



Plano parcelario de la zona que va desde la Puerta del Sol a la Plaza Mayor: de Jacinta a Fortunata

La fachada principal de la posible casa de los Santa Cruz, en la plaza de Pontejos, en la actualidad

Sol pero que pierde su nombre cuando nos adentramos en el entonces moderno barrio que construía el gran financiero de la época, el marqués de Salamanca, a quien se debe el hoy famoso barrio de su nombre, y que la protagonista ve como una sacramental, esto es, un cementerio. La calle de la Costanilla de los Ángeles que se cita desemboca en la plaza de Santo Domingo y hace esquina con la calle de Preciados.

Los personajes de Galdós tienen un universo urbano irreductible, que es el que encontraremos en las páginas que siguen. Los barrios

Vista del Palacio Real. La residencia real de los reyes de España, que fue escenario habitual de las glorias y miserias del poder

del centro de entonces y del este son los que tiran de ellos; los abandonan a veces pero un poco contra su voluntad. Esta Guía así te lo enseñará, querido lector joven, y se lo mostrará a usted, lector adulto.

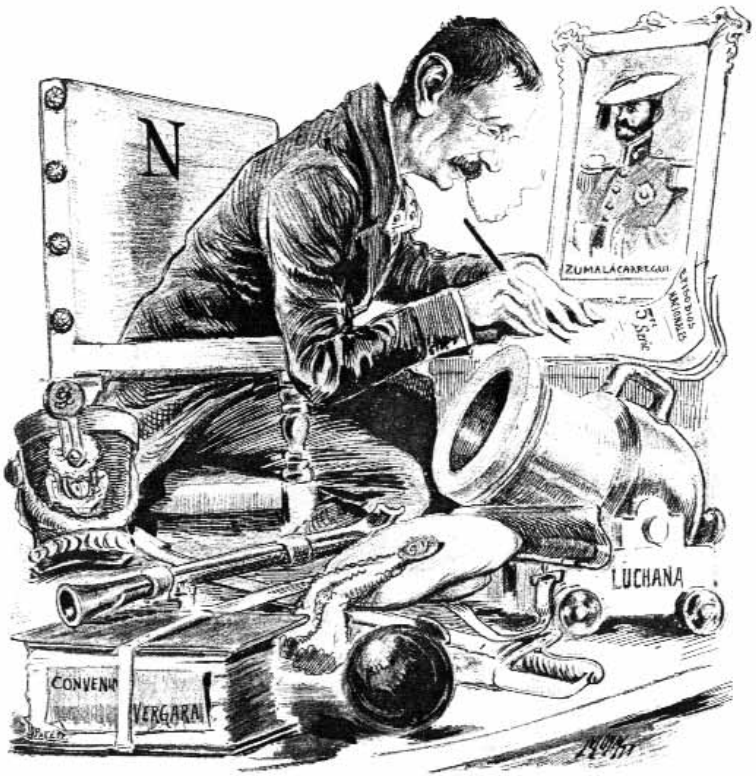
> Porque a mí, querida Cándida [Doña], que no me saquen de estos barrios. Todo lo que no sea este trocito no me parece Madrid. Nací en la plazuela de Navalón, y hemos vivido muchos años en la calle de Silva. Cuando paso dos días sin ver la plaza de Oriente, Santo Domingo el Real, la Encarnación y el Senado, me parece que no he vivido.

¿Fue así la de Bringas? Lo fue al menos en su talante aristocrático y distante, que no admitía crítica alguna a la Casa Real y se enorgullecía de sus orígenes

Creo que no me aprovecha la misa cuando no la oigo en Santa Catalina de los Donados en la Buena Dicha. Es verdad que esta parte de la Costanilla de los Ángeles es algo estrecha, pero a mí me gusta así. Parece que estamos más acompañados viendo al vecino de enfrente tan cerca, que se le

puede dar la mano. Yo quiero vecindad por todos lados. Me gusta sentir de noche al inquilino que sube; me agrada sentir aliento de personas arriba y abajo. La soledad me causa espanto, y cuando oigo hablar de las familias que se han ido a vivir a ese barrio, a esa Sacramental que está haciendo Salamanca más allá de la Plaza de Toros, me dan escalofríos. ¡Jesús qué miedo!… Luego este sitio es un coche parado. ¡Qué animación! A todas horas pasa gente. Toda, toda, todita la noche está usted oyendo hablar a los que pasan, y hasta se entiende lo que dicen. Créalo usted, esto acompaña. Como nuestro cuarto es principal, parece que estamos en la calle. Luego todo tan a la mano… Debajo la carnicería; al lado ultramarinos; a dos pasos puesto de pescado; en la plazuela botica, confitería, molino de chocolate, casa de vacas, tienda de sedas, droguería, en fin, con decir que todo… No podemos quejarnos. Estamos en sitio tan céntrico, que apenas

Jura de Alfonso XIII. Acto fundamental mediante el cual la Monarquía Constitucional rigió en España hasta 1923, año del golpe del general Primo de Rivera



Retrato caricatura de Galdós académico que da buena idea de la popularidad del escritor

tenemos que andar para ir a tal o cual parte. Vivimos cerca de Palacio, cerca del Ministerio de Estado, cerca de la oficina de Bringas, cerca de la capilla Real, cerca de Caballerizas, cerca de la Armería, cerca de la plaza de Oriente… cerca de usted, de las de [Joaquín] Pez, de mi primo Agustín [Caballero]…

2
PASEOS

Agustín Caballero, rico indiano, deambula en esta página de Tormento por las calles de Madrid, bajo la sombra de las dudas que la Pipaón vierte sobre la pureza de su novia, Amparo *[Sánchez Emperador].*

> Caballero salió más tarde, y por las Descalzas, el Postigo, la calle de Hita, el callejón del Perro, etc… se dirigió a la calle de la Estrella. Fácil es suponer que tenía un humor de mil demonios y que no sabía escoger entre la duda y la certidumbre de su desgracia. Aquella tal doña Marcelina [Polo], ¿qué casta de pájaro sería?

Café Suizo (cruce con la calle de Sevilla), un lugar muy concurrido que Galdós menciona en *Prim* y al que acudía Bécquer

El avaro *[Francisco]* Torquemada recorre las calles de Madrid desesperado por la grave enfermedad de su hijo y dispuesto a socorrer a todo el que se lo pidiera con tal de lograr la curación del niño, según relatan estas páginas de *Torquemada en la hoguera*.

Salió como si fuera en persecución de un deudor. Después de mucho andar, parábase en una esquina, miraba con azoramiento a una parte y otra, y vuelta a correr calle adelante, con paso de inglés tras de su víctima. Al compás de la marcha, sonaba en la pierna derecha el retintín de las monedas… Grandes eran su impaciencia y desazón por no encontrar aquella noche lo que otras le salía tan a menudo al paso, molestándole y aburriéndole. Por fin… gracias a Dios… acercósele un pobre. «Toma, hombre, toma: ¿dónde diablos os metéis esta noche? Cuando no hacéis falta salís como moscas, y cuando se os busca para socorreros, nada…». Apareció luego uno de esos mendigos decentes que piden, sombrero en mano, con lacrimosa cortesía. «Señor, un pobre cesante. –Tenga; tenga más. Aquí estamos los hombres caritativos para acudir a las miserias… Dígame: ¿no me pidió usted noches pasadas? Pues sepa que no le di porque iba muy de prisa. Y la otra noche, y la otra, tampoco le di porque no llevaba suelto: lo que es voluntad la tuve, bien que la tuve». Claro es que el cesante pordiosero se quedaba viendo visiones, y no sabía cómo expresar su gratitud. Más allá salió de un callejón la fantasma. Era una mujer que pide en la parte baja de la calle de la Salud, vestida de negro, con un velo espesísimo que le tapa la cara. «Tome, tome, señora… Y que me digan ahora que yo jamás he dado una limosna. ¿Le parece a usted qué calumnia? Vaya, que ya habrá usted reunido bastantes cuartos esta noche. Como que hay quien dice que pidiendo así y con ese velo por la cara, ha reunido usted un capitalito. Retírese ya, que hace mucho frío… y ruegue a Dios por mí». En la calle del Carmen, en la de Preciados y Puerta del Sol a todos los

chiquillos que salían dio su perro por barba. «¡Eh!, niño, ¿tú pides o qué haces ahí como un bobo?» Esto se lo dijo a un chicuelo que estaba arrimado a la pared, con las manos a la espalda, descalzos los pies, el pescuezo envuelto en una bufanda. El muchacho alargó la mano aterida. «Toma… Pues qué, ¿no te decía el corazón que yo había de venir a socorrerte? ¿Tienes frío y hambre? Toma más, y lárgate a tu casa, si la tienes. Aquí estoy yo para sacarte de un apuro; digo, para partir contigo un pedazo de pan, porque yo también soy pobre y más desgraciado que tú, ¿sabes?, porque el frío, el hambre, se soportan; pero, ¡ay!, otras cosas…». Apretó el paso sin reparar en la cara burlona de su favorecido, y siguió dando, dando, hasta que le quedaron pocas piezas en el bolsillo. Corriendo hacia su casa, en retirada, miraba al cielo, cosa en él muy contraria a la costumbre.

Plaza del Marqués de Pontejos: «Los de Santa Cruz vivían en su casa propia de la calle de Pontejos, dando frente a la plazuela del mismo nombre» *(Fortunata y Jacinta)*

Paseos de Fortunata

Incansable andariega, de la mano de Fortunata nos salen al encuentro numerosas calles de la ciudad. En uno de ellos rencuentra a su amado Juan Santa Cruz y comienza la fase madura y definitiva de su relación, convencida Fortunata de su necesidad de ser madre para darle a Santa Cruz el heredero que no le da su esposa, Jacinta [Arnaiz], y con ella la legitimación del pueblo en ascenso y fecundo frente a la esterilidad de la burguesía, ya inerte. Las calles galdosianas por naturaleza nos salen al paso.

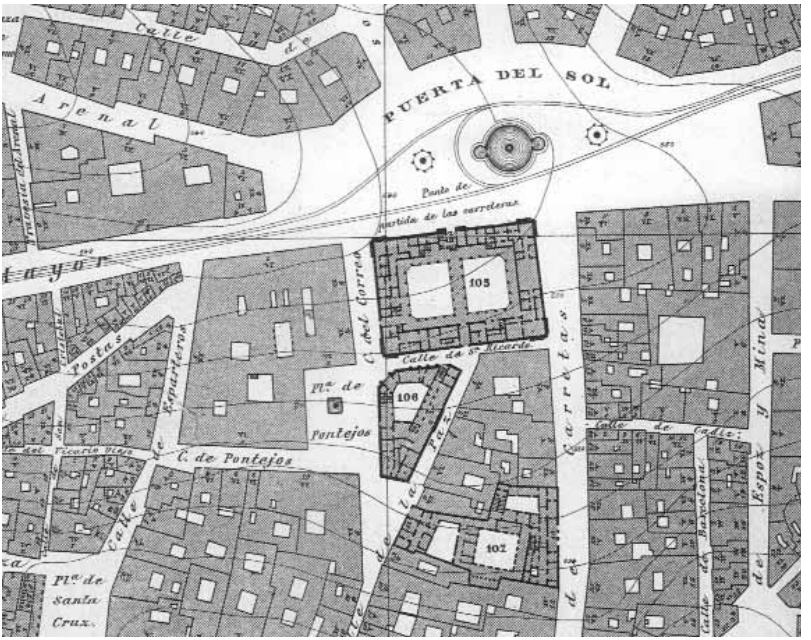
> Sale, se dirige a la calle de la Magdalena, y se para ante el escaparate de la tienda de tubos, obedeciendo a esa rutina del instinto por la cual, cuando tenemos un encuentro feliz en determinado sitio, volvemos al propio sitio creyendo que lo tendremos por segunda vez. ¡Cuánto tubo!, llaves de bronce, grifos, y multitud de cosas para llevar y traer el agua… Detiénese allí mediano rato viendo y esperando. Después sigue hacia la plaza del Progreso. En la calle de Barrionuevo, se detiene en la puerta de una tienda donde hay piezas de tela desenvueltas y colgadas haciendo ondas. Fortunata las examina, y coge algunas telas entre los dedos para apreciarlas por el tacto. «¡Qué bonita es esta cretona!». Dentro hay un enano, un monstruo, vestido con balandrán rojo y turbante, alimaña de transición que se ha quedado a la mitad del camino darwinista por donde los orangutanes vinieron a ser hombres. Aquel adefesio hace allí mil extravagancias para atraer a la gente, y en la calle se apelmazaban los chiquillos para verle y reírse de él. Fortunata sigue y pasa junto a la taberna en cuya puerta está la gran parrilla de asar chuletas, y debajo el enorme hogar lleno de fuego. La tal taberna tiene para ella recuerdos que le sacan tiras del corazón… Entra por la Concepción Jerónima; sube después por el callejón del Verdugo a la plaza de Provincia; ve los puestos de flores, y

Balcones de la posible casa de los Santa Cruz, en la actualidad. Esquina de la calle del Marqués viudo de Pontejos con la calle de la Paz

allí duda si tirar hacia Pontejos, a donde la empuja su pícara idea, o correrse hacia la calle de Toledo. Opta por esta última dirección, sin saber por qué. Déjase ir por la calle Imperial, y se detiene frente al portal del Fiel Contraste a oír un pianito que está tocando una música muy preciosa.

Fortunata se distrae

Fortunata se echó a la calle, y en la plaza del Progreso vio muchos coches; pero muchos. Era un entierro, que iba por la calle del Duque de Alba hacia la de Toledo. Por las caras conocidas que fue viendo mientras el fúnebre séquito pasaba, vino a comprender que el entierro era el de Arnaiz el Gordo, que se había muerto el día antes. Pasaron los



Plano parcelario de la zona de la plaza de Pontejos

Villuendas, los Trujillos, los Samaniegos, Moreno-Isla [Manuel]… Pues irían también D. Baldomero [Santa Cruz] y su hijo… quizás en los coches de delante, haciendo cabecera… «Toma; también Estupiñá». Desde el simón en que iba con uno de los chicos, el gran Plácido le echó una mirada de indignación y desdén. Siguió ella tras el entierro, y al llegar a la parte baja de la calle de Toledo, tomó a la derecha por la calle de la Ventosa y se fue a la explanada del Portillo de Gilimón, desde donde se descubre toda la vega del Manzanares. Harto conocía aquel sitio, porque cuando vivía en la calle de Tabernillas, íbase muchas tardes de paseo a Gilimón, y sentándose en un sillar de los que allí hay, y que no se sabe si son restos o preparativos de obras municipales, estábase largo rato contemplando las bonitas vistas del río.

Pues lo mismo hizo aquel día. El cielo, el horizonte, las fantásticas formas de la sierra azul, revueltas con las masas de nubes, le sugerían vagas ideas de un mundo desconocido, quizás mejor que este en que estamos; pero seguramente distinto. El paisaje es ancho y hermoso, limitado al Sur por la fila de cementerios, cuyos mausoleos blanquean entre el verde oscuro de los cipreses. Fortunata vio largo rosario de coches como culebra que avanzaba ondeando; y al mismo tiempo otro entierro subía por la rampa de San Isidro, y otro por la de San Justo. Como el viento venía de aquella parte, oyó claramente la campana de San Justo que anunciaba cadáver…

Callejera, soñadora Fortunata

En tal situación siente vivos impulsos de salir a la calle; se levanta, se viste, pero no está segura de haberse quitado la venda.

…

Éntranle ganas de bailar, y quizás baila algo: no está segura de ello. Ocurre entonces una de estas obstrucciones que tan frecuentes son en las calle de Madrid. Sube un carromato de siete mulas ensartadas formando rosario. La delantera se insubordina metiéndose en la acera, y las otras toman aquello por pretexto para no tirar más. El vehículo, cargado de pellejos de aceite, con un perro atado al eje, la sartén de las migas colgando por detrás, se planta, a punto que llega por detrás el carro de la carne con los cuartos de vaca chorreando sangre, y ambos carreteros empiezan a echar por aquellas bocas las finuras de costumbre. No hay medio de abrir paso, porque el rosario de mulas hace una curva, y dentro de ella es cogido un simón que baja con dos señoras. Éramos pocos… A poco llega un coche de lujo con un caballero muy gordo. Que si pasas tú, que si te apartas, que sí y que no. El carretero de la carne pone a Dios de vuelta y media. Palo a

Organillero tocando aires populares (acuarela, por Eduardo Vicente)

las mulas, que empiezan a respingar, y una de estas coces coge la portezuela del simón y la deshace… Gritos, leña, y el carromatero empeñado en que la cosa se arregla poniendo a Dios, a la Virgen, a la hostia y al Espíritu Santo que no hay por dónde cogerlos.

Y el pianito sigue tocando aires populares, que parecen encender con sus acentos de la sangre de toda aquella chusma. Varias mujeres que tienen en la cuneta puestos ambulantes de pañuelos, recogen a escape su comercio, y lo mismo hacen los de la *gran liquidación por saldo, a real y medio la pieza.* Un individuo que sobre una mesilla de tijera exhibe el gran invento para cortar cristal, tiene que salir a espeta perros; otro que vende los lápices más fuertes del mundo (como que da con ellos tremendos picotazos en la madera sin que se les rompa la punta), también recoge los bártulos, porque la mula delantera se le va encima. Fortunata mira todo esto y se ríe. El piso está húmedo y los pies se resbalan. De repente, ¡ay!, cree que le clavan un dardo. Bajando por la calle Imperial, en dirección al gran pelmazo de gente que se ha formado, viene Juanito Santa Cruz. Ella se empina sobre las puntas de los pies para verle y ser vista. Milagro fuera que no la viese. La ve al instante y se va derecho a ella. Tiembla Fortunata, y él le coge una

Vendedor con su mesilla de tijera (acuarela, por Eduardo Vicente)

mano preguntándole por su salud. Como el pianito sigue blasfemando y los carreteros tocando, ambos tienen que alzar la voz para hacerse oír. Al mismo tiempo Juan pone una cara muy afligida, y llevándola dentro del portal del Fiel Contraste, le dice: «Me he arruinado, chica, y para mantener a mis padres y a mi mujer, estoy trabajando de escribiente en una oficina… Pretendo una plaza de cobrador del tranvía. ¿No ves lo mal trajeado que estoy?». Fortunata le mira, y siente un dolor tan vivo como si le dieran una puñalada. En efecto; la capa del señorito de Santa Cruz tiene un siete tremendo, y debajo de ella asoma la americana con los ribetes deshilachados, corbata mugrienta, y el cuello de la camisa de dos semanas… Entonces ella se deja caer sobre él, y le dice con efusión cariñosa: «Alma mía, yo trabajaré para ti; yo tengo costumbre, tú no; sé planchar, sé repasar, sé servir… tú no tienes que trabajar… yo para ti… Con que me sirvas para ir a entregar, basta… no más. Viviremos en un sotabanco, solos y tan contentos».

Entonces empieza a ver que las casas y el cielo se desvanecen, y Juan no está ya de capa sino con un gabán muy majo. Edificios y carros se van, y en su lugar ve Fortunata algo que conoce muy bien, la ropa de Maxi[miliano] [Rubín], colgada de una percha, la ropa suya en otra, con una cortina de percal por encima; luego ve la cama, va reconociendo pedazo a pedazo su alcoba; y la voz de doña Lupe [Rubín] ensordece la casa riñendo a [la criada] Papitos porque, al aviar las lámparas, ha vertido casi todo el mineral… y gracias que es de día, que si es de noche y hay luz, incendio seguro.

El reencuentro definitivo con Juanito Santa Cruz es uno de los episodios más joviales y alegres de la novela, constituida en un canto a la gloria de vivir.

Se fue a su casa, y al día siguiente salió a comprar tela para un vestido. Estuvo en dos tiendas de la Plaza Mayor,

Un entierro de la época. Pomposo como el que se describe en *Torquemada y San Pedro:* «Se puso en movimiento el carro mortuorio, lo que produjo un *¡ah!* de admiración o curiosidad satisfecha en toda la calle, porque realmente era cosa muy bonita ver el pausado andar de ocho caballos y los saludos que hacían con los plumachos negros que llevaban en sus cabezas»

tomó después por la calle de Toledo, con su paquete en la mano, y al volver la esquina de la calle de la Colegiata para tomar la dirección de su casa, recibió como un pistoletazo esta voz que sonó a su lado: «¡Negra!».

¡Ay Dios mío!, encontrársele así tan de sopetón, ¡precisamente en uno de los pocos instantes en que no estaba pensando en él! Como que iba discurriendo la combinación que le pondría al vestido. ¿Azul o plata vieja? Le miró y se puso del color de la cera blanca. Él entonces detuvo un simón que pasaba. Abrió la portezuela, y miró a su antigua amiga, sonriendo; *sonrisa* que quería decir: ¿Vienes o no? Si estás rabiando por venir… ¿a qué esa vacilación?

Coloquios amorosos

La vacilación duraría como un par de segundos. Y después Fortunata se metió en el coche, de cabeza, como quien se tira en un pozo. Él entró detrás, diciendo al cochero: «Mira, te vas hacia las Rondas… paseo de los Olmos… el Canal».

Durante un rato se miraban, sonreían y no decían nada. A ratos Fortunata se inclinaba hacia atrás, como deseando no ser vista de los transeúntes; a ratos parecía tan tranquila, como si fuera en compañía de su marido.

«Ayer te vi… digo, no te vi… Vi el entierro y me figuré que irías en los coches de delante».

Los ojos de ella le envolvían en una mirada suave y cariñosa.

«¡Ah!, sí, el entierro del pobre Arnáiz… Dime una cosa, ¿me guardas rencor?».

La mirada se volvió húmeda.

–¿Yo?… ninguno.

–¿A pesar de lo mal que me porté contigo?…

–Ya te lo perdoné.

Un coche simón de la época. En un simón viajan los amantes, Fortunata y Santa Cruz, que acaban de reencontrarse

–¿Cuándo?

–¡Cuándo! ¡Qué gracia! Pues el mismo día.

–Hace tiempo, *nena negra*, que me estoy acordando mucho de ti –dijo Santa Cruz con cariño que no parecía fingido, clavándole una mano en un muslo.

–¡Y yo!… Te vi en la calle Imperial… no, digo, soñé que te vi.

–Yo te vi en la calle de la Magdalena.

–¡Ah!, sí… la tienda de tubos; muchos tubos.

Aun con este lenguaje amistoso, no se rompió la reserva hasta que no salieron a la Ronda. Allí el aislamiento les invadía. El coche penetraba en el silencio y en la soledad, como un buque que avanza en alta mar.

–¡Tanto tiempo sin vernos! –exclamó Juan pasándole el brazo por la espalda.

–¡Tenía que ser, tenía que ser! –dijo ella inclinando su cabeza sobre el hombro de él–. Es mi destino.

–¡Qué guapa estás! ¡Cada día más hermosa!

–Para ti toda –afirmó ella, poniendo toda su alma en una frase.

–Para mí toda –dijo él, y las dos caras se estrujaron una contra otra–. Y no me la merezco, no me la merezco. Francamente, chica, no sé cómo me miras.

–Mi destino, hijo, mi destino. Y no me pesa, porque yo tengo acá mi idea, ¿sabes?

Santa Cruz no pensó en rogarle que explicara su idea. La suya era esta: «¡Pero qué hermosa estás! ¿Has hecho alguna picardía en el tiempo que ha pasado sin que nos veamos?».

–¿Picardías yo?… (extrañando mucho la pregunta).

–Quiero decir: después que volviste con tu marido, ¿no has tenido por ahí algún devaneo…?

–¡Yo! –exclamó ella con el acento de la dignidad ofendida–; ¡pero estás loco! Yo no tengo devaneos más que contigo…

–¿De cuánto tiempo puedes disponer?

–De todo el que tú quieras.

–Podrías tener un disgusto en tu casa.

–Es verdad… pero ¿y qué?

Y en el acto se acordó de las amonestaciones de Feijoo. Claro; no había necesidad de descomponerse, ni de faltar a la religión de las apariencias.

–Pues dispongo de una hora.

–¿Y mañana?

–¿Nos veremos mañana? No me engañes, pero no me engañes –dijo ella suplicante–. Estoy acostumbrada a tus papas…

–No, ahora no… ¿Me quieres?

–¡Qué pregunta!… Bien lo sabes tú, y por eso abusas. Yo soy muy tonta contigo; pero no lo puedo remediar. Aunque

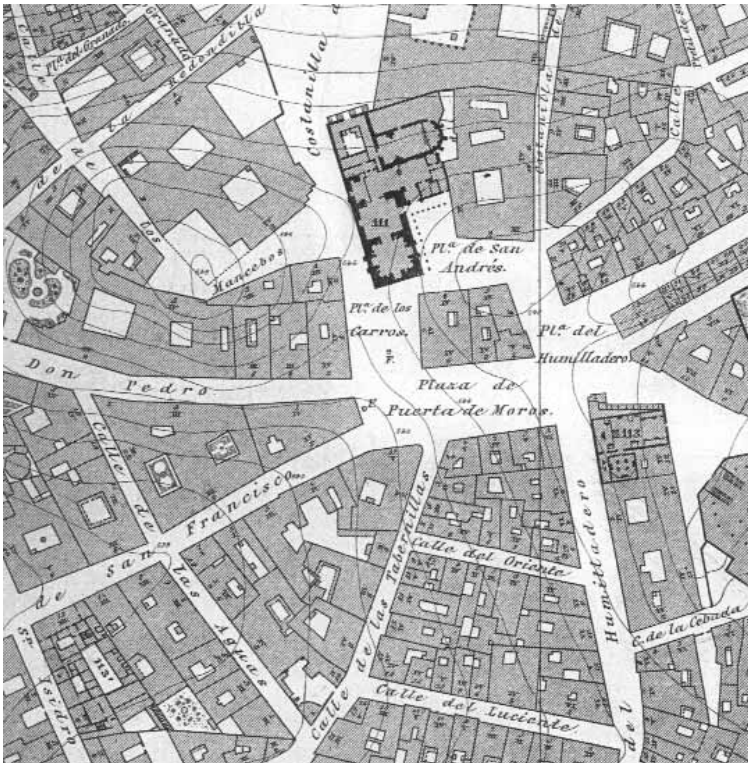
me pegaras, te querría siempre. ¡Qué burrada! Pero Dios me ha hecho así, ¿qué culpa tengo?

Las andanzas de Feijoo

Don Evaristo González Feijoo, Feijoo, es un amante transitorio de Fortunata, que se acoge a él, persona ya mayor, para evitar la intimidad con Santa Cruz y las relaciones con el desdichado marido anormal Maximiliano Rubín. A su través se despliega un rico universo de referencias madrileñas: «aquel grande y útil amigo, el hombre mejor que ella tratara en su vida y seguramente también el más práctico, el más sabio y el que mejores consejos daba», según Fortunata. La mayoría de las calles y lugares que aparecen existen todavía.

Vivía en la calle de Tabernillas (Puerta de Moros), que para los madrileños del centro es donde Cristo dio las tres voces y

La explanada del Portillo de Gilimón, en la actualidad



«Por la solitaria calle de las Aguas se comunicaba brevemente Feijoo con su ídolo»

no le oyeron. Es aquel barrio tan apartado, que parece un pueblo. Comunícase, de una parte con San Andrés, y de otra con el Rosario y la V. O. T. El vecindario es en su mayoría pacífico y modestamente acomodado; asentadores, placeros, trajineros. Empleados no se encuentran allí, por estar aquel caserío lejos de toda oficina. Es el arrabal alegre y bien asoleado, y corriéndose al Portillo de Gilimón, se ve la vega del Manzanares, y la Sierra, San Isidro y la Casa de Campo. Hacia los taludes del Rosario la vecindad no es muy distinguida, ni las vistas muy buenas, por caer contra aquella parte las prisiones militares y encontrarse a cada paso mujeres sueltas y

soldados que se quieren soltar. Al fin de la calle del Águila también desmerece mucho el vecindario, pues en la explanada de Gilimón, inundada de sol a todas las horas del día, suelen verse cuadros dignos del Potro de Córdoba y del Albaicín de Granada. Por la calle de la Solana, donde habita tanta pobretería, iba Fortunata a misa a la Paloma, y se pasmaba de no encontrar nunca en su camino ninguna cara conocida. Ciertamente, cuando un habitante del centro o del Norte de la Villa visita aquellos barrios, ni las casas ni los rostros le resultan Madrid. En un mes no pasó Fortunata más acá de Puerta de Moros, y una vez que lo hizo, detúvose en Puerta Cerrada. Al sentir el mugido de la respiración de la capital en sus senos centrales, volviose asustada a su pacífica y silenciosa calle de Tabernillas.

…

Por la solitaria calle de las Aguas se comunicaba brevemente Feijoo con su ídolo. No me vuelvo atrás de lo que esta expresión indica, pues el buen señor llegó a sentir por su protegida un amor entrañable, no todo compuesto de fiebre de amante, sino también de un cierto cariño paternal, que cada día se determinaba más. «¡Qué lástima, compañero –pensaba–, que no tengas veinte años menos… De veras que es una lástima. ¡Si a esta la cojo yo antes…! Así como otros estropearon con sus manos inhábiles esta preciosísima individua, yo le hubiera dado una configuración admirable. ¡Qué española es, y qué chocho me estoy volviendo!».

Al mes, ya Feijoo no podía vivir sin aumentar indefinidamente las horas que al lado de ella pasaba. Muchos días comían o almorzaban juntos, y como ambos amantes habían convenido en enaltecer y restaurar prácticamente la hispana cocina, hacía la individua unos guisotes y fritangas, cuyo olor llegaba más allá de San Francisco el Grande. De sobremesa, si no jugaban al tute, el buen señor le contaba a su querida aventuras y pasos estupendos de su dramática vida militar.

3
EL «GENUINO» MADRID; PLAZA MAYOR, MATRIZ

El Madrid dilecto de Galdós es elogiado a menudo por sus personajes, como corrobora este pasaje de *La incógnita*.

> Mi padrino vive, como sabes, en la plaza del Progreso. Aborrece los barrios del Centro y del Este de Madrid, que son los más sanos. La tradición le amarra al Madrid viejo y a la parte aquella donde siente el tufo de la plebe, apiñada en las calles del Sur. Ha vivido siempre al borde del abismo, según dice, y no quiere apartarse de él.

Tenderetes en la Plaza Mayor hacia 1900, corazón del Madrid burgués

Almacenes Valdés y García hacia 1904. «La concurrencia crecía cada año, y era forzoso apelar al reclamo, recibir y expedir viajantes, mimar al público, contemporizar y abrir cuentas largas a los parroquianos, y singularmente a las parroquianas. Como los *Chicos* [otra empresa] habían abarcado también el comercio de lanillas, merinos, telas ligeras para vestidos de señora, pañolería, confecciones y otros artículos de uso femenino, y además abrieron tienda al por menor y al *vareo,* tuvieron que pasar por el inconveniente de las morosidades e insolvencias que tanto quebrantan al comercio. Afortunadamente para ellos, la casa tenía un crédito inmenso» *(Fortunata)*

La Plaza Mayor es uno de los ejes centrales del Madrid galdosiano. Allí vive Fortunata, la protagonista de la gran novela, allí la conoce Juanito Santa Cruz, que será su amante, y padre de su hijo, y que es referencia constante, incluida la del comerciante de telas Plácido Estupiñá, el hombre que prefería hablar a despachar a sus clientes. Es en cierto sentido la matriz de este mundo, fragua de comerciantes y pequeños empresarios que tejerán las mallas de la incipiente burguesía española y madrileña.

> Vivía Plácido en la Cava de San Miguel. Su casa era una de las que forman el costado occidental de la Plaza Mayor, y como el basamento de ellas está mucho más bajo que el suelo de la Plaza, tienen una altura imponente y una estribación formidable, a modo de fortaleza. El piso en que el tal vivía era

Fachada actual de la casa de Fortunata, que da a la Cava de San Miguel. «Vivía Plácido en la Cava de San Miguel. Su casa era una de las que forman el costado occidental de la Plaza Mayor, y como el basamento de ellas está mucho más bajo que el suelo de la Plaza, tienen una altura imponente y una estribación formidable, a modo de fortaleza» *(Fortunata)*

cuarto por la Plaza y por la Cava séptimo. No existen en Madrid alturas mayores, y para vencer aquellas era forzoso apechugar con ciento veinte escalones, todos de piedra, como decía Plácido con orgullo, no pudiendo ponderar otra cosa de su domicilio. El ser todas de piedra, desde la Cava hasta las bohardillas, da a las escaleras de aquellas casas un aspecto lúgubre y monumental, como de castillo de leyendas, y Estupiñá no podía olvidar esta circunstancia que le hacía interesante en cierto modo, pues no es lo mismo subir a su casa por una escalera como las del Escorial, que subir por viles peldaños de palo, como cada hijo de vecino.

El orgullo de trepar por aquellas gastadas berroqueñas no excluía lo fatigoso del tránsito, por lo que mi amigo supo

explotar sus buenas relaciones para abreviarlo. El dueño de una zapatería de la Plaza, llamado Dámaso Trujillo, le permitía entrar por su tienda, cuyo rótulo era *Al ramo de azucenas*. Tenía puerta para la escalera de la Cava, y usando esta puerta Plácido se ahorraba treinta escalones.

El domicilio del hablador era un misterio para todo el mundo, pues nadie había ido nunca a verle, por la sencilla razón de que don Plácido no estaba en su casa sino cuando dormía. Jamás había tenido enfermedad que le impidiera salir durante el día. Era el hombre más sano del mundo. Pero la vejez no había de desmentirse, y un día de Diciembre del 69 fue notada la falta del grande hombre en los círculos a donde solía ir. Pronto corrió la voz de que estaba malo, y cuantos le conocían sintieron vivísimo interés por él. Muchos dependientes de tiendas se lanzaron por aquellos escalones de piedra en busca de noticias del simpático enfermo, que padecía de un reuma agudo en la pierna derecha. Barbarita [madre de Juanito] le mandó en seguida su médico, y no satisfecha con esto, ordenó a Juanito que fuese a visitarle, lo que el Delfín hizo de muy buen grado.

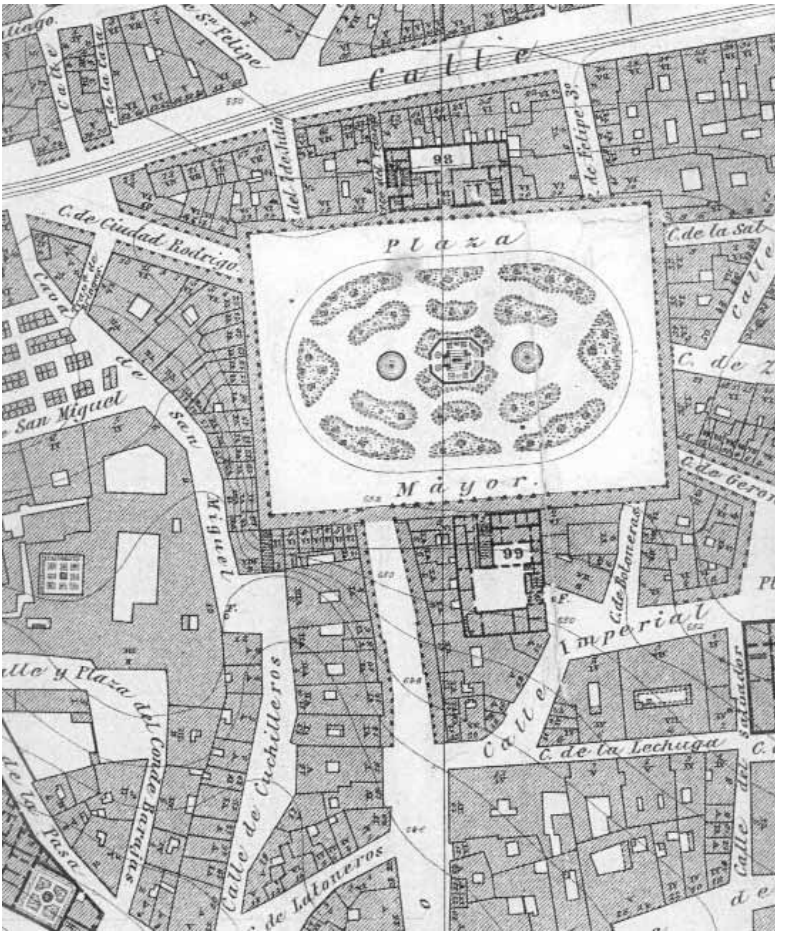
Y sale a relucir aquí la visita del Delfín al anciano servidor y amigo de su casa, porque si Juanito Santa Cruz no hubiera hecho aquella visita, esta historia no se habría escrito. Se hubiera escrito otra, eso sí, porque por do quiera que el hombre vaya lleva consigo su novela; pero esta no.

Juanito reconoció el número 11 en la puerta de una tienda de aves y huevos. Por allí se había de entrar sin duda, pisando plumas y aplastando cascarones. Preguntó a dos mujeres que pelaban gallinas y pollos, y le contestaron, señalando una mampara, que aquella era la entrada de la escalera del 11. Portal y tienda eran una misma cosa en aquel edificio característico del Madrid primitivo. Y entonces se explicó Juanito por qué llevaba muchos días Estupiñá, pegadas a las botas, plumas de diferentes aves.

Posible casa de Fortunata. Escalera en la actualidad

Las cogía al salir, como las había cogido él, por más cuidado que tuvo de evitar al paso los sitios en que había plumas y algo de sangre. Daba dolor ver las anatomías de aquellos pobres animales, que apenas desplumados eran suspendidos por la cabeza, conservando la cola como un sarcasmo de su mísero destino. A la izquierda de la entrada el Delfín vio cajones llenos de huevos, acopio de aquel comercio. La voracidad del hombre no tiene límites, y sacrifica a su apetito no sólo las presentes sino las futuras generaciones gallináceas. A la derecha, en la prolongación de aquella cuadra lóbrega, un sicario manchado de sangre daba garrote a las aves. Retorcía los pescuezos con esa presteza y donaire que da el hábito, y apenas soltaba una víctima y la entregaba agonizante a las desplumadoras, cogía otra para hacerle la misma caricia. Jaulones enormes había por todas partes, llenos de pollos y gallos, los cuales asomaban la cabeza roja por entre las cañas, sedientos y fatigados, para respirar un poco de aire, y aun allí los infelices presos se daban de picotazos por aquello de si tú sacas-

Puerta situada en la escalera en la actualidad



Plano parcelario de la zona de la calle de la Cava de San Miguel

te más pico que yo… si ahora me toca a mí sacar todo el pescuezo.

Habiendo apreciado este espectáculo poco grato, el olor de corral que allí había, y el ruido de alas, picotazos y cacareo de tanta víctima, Juanito la emprendió con los famosos

peldaños de granito, negros ya y gastados. Efectivamente, parecía la subida a un castillo o prisión de Estado. El paramento era de fábrica cubierta de yeso y este de rayas e inscripciones soeces o tontas. Por la parte más próxima a la calle, fuertes rejas de hierro completaban el aspecto feudal del edificio. Al pasar junto a la puerta de una de las habitaciones del entresuelo, Juanito la vio abierta y, lo que es natural, miró hacia dentro, pues todos los accidentes de aquel recinto despertaban en sumo grado su curiosidad. Pensó no ver nada y vio algo que de pronto le impresionó, una mujer bonita, joven, alta… Parecía estar en acecho, movida de una curiosidad semejante a la de Santa Cruz, deseando saber quién demonios subía a tales horas por aquella endiablada escalera. La moza tenía pañuelo azul claro por la cabeza y un mantón sobre los hombros, y en el momento de ver al Delfín, se infló con él, quiero decir, que hizo ese característico arqueo de brazos y alzamiento de hombros con que las madrileñas del pueblo se agasajan dentro del mantón, movimiento que les da cierta semejanza con una gallina que esponja su plumaje y se ahueca para volver luego a su volumen natural.

Descansillo de la escalera, con vista a la Cava de San Miguel

Juanito no pecaba de corto, y al ver a la chica y observar lo linda que era y lo bien calzada que estaba, diéronle ganas de tomarse confianzas con ella.

Con mucho donaire, la muchacha se llevó a la boca por segunda vez el huevo roto y se atizó otro sorbo.

–No sé cómo puede usted comer esas babas crudas –dijo Santa Cruz, no hallando mejor modo de trabar conversación.

–Mejor que guisadas. ¿Quiere usted? –replicó ella ofreciendo al Delfín lo que en el cascarón quedaba.

Por entre los dedos de la chica se escurrían aquellas babas gelatinosas y transparentes. Tuvo tentaciones Juanito de aceptar la oferta; pero no; le repugnaban los huevos crudos.

–No, gracias.

La madre de Juanito Santa Cruz acechaba los paseos callejeros por esta zona.

Como supiera un día la dama que su hijo frecuentaba los barrios de Puerta Cerrada, calle de Cuchilleros y Cava de San Miguel, encargó a Estupiñá que vigilase, y este lo hizo con muy buena voluntad, llevandole cuentos en voz baja y melodramática.

–Anoche cenó en la pastelería del sobrino de Botín, en la calle Cuchilleros… Sabe la señora…?

En la Plaza Mayor, en sus inmediaciones, se produce la batalla decisiva de la revolución del 7 de julio de 1823, narrada en el episodio homónimo, gesta de la que Galdós extrae a un fabuloso héroe de ficción, don Benigno Cordero, el comerciante liberal.

Ya se sabe que la Plaza Mayor tiene dos grandes bocas, por las cuales respira, comunicándose con la calle del mismo nombre. Entre aquellas dos grandes bocas que se llamaban de Boteros y de la Amargura, había y hay un tercer conducto, una especie de intestino, negro y oscuro: es el callejón del Infierno. Por una de estas tres bocas, o por las tres a un tiempo, tenían los guardias forzosamente que intentar la ocupación de la Plaza, de aquel sagrado Capitolio de la Milicia Nacional, o alcázar del soberano pueblo armado.

¿Era así Fortunata? «Sus ojos negros, tan bonitos que, según dictamen de ella misma, le daban la puñalada al Espíritu Santo. La tez era una preciosidad... ¡Y luego unos dientes!»

Arco de Boteros en la actualidad. Fue escenario de los combates del 7 de julio

Cuando se acercaron hubo un momento de profundo silencio. Allá dentro, a la primera luz del naciente, se veían brillar los cañones de los fusiles preparados. ¡Qué ansiedad espantosa! Con el aliento suspendido, se contemplaron el guerrero y el ciudadano, el hierro y el papel. Oyéronse algunos gritos, diéronse algunos pasos y tempestad horrísona estalló en el aire.

En el paso y arco de Boteros, en la calle de la Amargura, en el callejón del Infierno se trabó simultáneamente la pelea. Los guardias atacaron con fatuidad, los milicianos defendiéronse con vigor, no sin gritos patrióticos, que les inflamaban, recordándoles la noble idea por quien combatían. El cañón de Boteros y el de la Amargura tronaron a la vez y sus primeros disparos de metralla desconcertaron a los guardias.

No obstante, como eran gente tan aguerrida, rehiciéronse sin tardanza; habían puesto a su cabeza a los granaderos de premio y a los gastadores de luenga barba, algunos de los cuales eran veteranos de las guerras de la Independencia y del

Arco de Cuchilleros hacia 1918, uno de los accesos a la Plaza Mayor

Rosellón. Los milicianos tenían en su vanguardia toda la gente menuda, los cazadores, la juventud entusiasta, los menestralillos, los hijos de familia, los señoritos y los horteras. Pero Dios, que siempre protege a los débiles, quiso en aquel crítico día infundir en el alma de los pobres chicos una fuerza inaudita, y si los guardias arremetían con vigor, las descargas cerradas de aquella juventud impertérrita que no veía el peligro ni hacía caso de la muerte, detenían a los orgullosos veteranos.

En Boteros consiguieron adelantar algo, y llegó un momento en que las manos de los gastadores pudieron tocar el cañón. En el ángulo que el pórtico forma con la Plaza hubo confusión, cierto pánico entre los milicianos, y amenazaba presentarse un verdadero peligro, si esfuerzos supremos no restablecían la superioridad hasta entonces demostrada por los defensores del pueblo.

[El brigadier] Palarea, que a caballo a la izquierda de la pieza de artillería, dio un grito horrible, y con el sable

vigorosamente empuñado por la trémula diestra, rugió órdenes. El comandante de la Milicia que mandaba en aquel punto a los cazadores sintió en su interior un estremecimiento terrible, una rápida sensación de frío, a que siguió súbito calor. Ideas ardorosas cruzaron por su mente; su corazón palpitaba con violencia; su pequeña nariz perdió el color; resbaláronsele por la nariz abajo los espejuelos de oro; apretó el sable en el puño; apretó los dientes, y alzándose sobre las puntas de los piececillos, hizo movimientos convulsivos, semejantes a los de un pollo que va a cantar; tendiéronsele las cuerdas del pescuezo; púsose como un pimiento, y gritó:

–¡Viva la Constitución!… ¡Cazadores de la Milicia… a cargar!

Era el nuevo Leónidas, D. Benigno Cordero. Impetuoso y ardiente se lanzó el primero, y tras él los cazadores atacaron a la bayoneta.

–Antes de dar este paso heroico, verdaderamente heroico, ¡qué horrible crisis conmovió el alma del pacífico comerciante! D. Benigno no había matado nunca un mosquito; don Benigno no era intrépido, ni siquiera valiente, en la acepción que se da vulgarmente a estas palabras. Mas era un hombre de honradez pura, esclavo de su dignidad, ferviente devoto del deber hasta el martirio callado y frío; poseía convicciones profundas; creía en la libertad y en su triunfo y excelencias, como en Dios y en sus atributos; era de los que creen en la absoluta necesidad de los grandes sacrificios personales para que triunfen las grandes ideas, y viendo llegado el momento de ofrecer víctimas, era también capaz de ofrecer su vida miserable. Era un alma fervorosa dentro de un cuerpo cobarde, pero obediente.

4
CALLE DE TOLEDO: HISTORIA Y VIDA; PUERTA DEL SOL

Es un eje básico del Madrid de don Benito. Este pasaje de Los *Cien Mil hijos de San Luis* en los *Episodios Nacionales* confirma tal condición central.

> … Entramos en la calle de Toledo, arteria de toda la circulación manolesca, centro de las chulerías, metrópoli de las gracias, bazar de las bullangas, cátedra de picardías y teatro de todas las barrabasadas madrileñas.

Y este otro de *Los ayacuchos:*

Apenas franqueada en el correo mi carta de ayer, llegó a mí noticia que don Diego de León ha sido condenado a muerte y que mañana se ejecutará la terrible sentencia.

…

Estampa con mozo de los que seguramente había en la calle de Toledo en plena ebullición

Calle de Toledo hacia 1900

La gente se agolpaba en la carrera por toda la calle de Toledo, resplandeciente de luz y color; y cuando veía pasar al reo, tan gallardo y hermoso en su serena resignación, figura militar incom-

Calle de Toledo en la actualidad; al fondo, la Plaza Mayor

parable que simbolizaba en la mente del pueblo las hazañas más estupendas de la guerra y los prodigios más extraordinarios del valor español, no daba crédito a lo que miraban sus atónitos ojos.

Escenas costumbristas: contertulios. El mérito literario de Galdós estribó en superar el conocimiento y descubrir a las personas

Lo corrobora esta página de *Fortunata y Jacinta:*

Iba Jacinta [Arnaiz] tan pensativa, que la bulla de la calle de Toledo no la distrajo de la atención que a su propio interior prestaba. Los puestos a medio armar en toda la acera desde los portales a San Isidro, las baratijas, las panderetas, la loza ordinaria, las puntillas, el cobre de Alcaraz y los veinte mil cachivaches que aparecían dentro de aquellos nichos de mal clavadas tablas y de lienzos peor dispuestos, pasaban ante su vista sin determinar una apreciación exacta de lo que eran. Recibía tan sólo la imagen borrosa de los objetivos diversos que iban pasando, y lo digo así, porque era como si ella estuviese parada y la pintoresca vía se corriese delante de ella como un telón. En aquel telón había racimos de dátiles colgados de una percha; puntillas blancas que caían de un palo largo, en ondas, como los vástagos de una trepadora, pelmazos de higos pasados, en

bloques, turrón en trozos como sillares que parecían acabados de traer de una cantera; aceitunas en barriles rezumados; una mujer puesta sobre una silla y delante de una jaula, mostrando dos pajarillos amaestrados, y luego montones de oro, naranjas en seretas o hacinadas en el arroyo.

El suelo intransitable ponía obstáculos sin fin, pilas de cántaros y vasijas, ante los pies del gentío presuroso, y la vibración de los adoquines al paso de los carros parecía hacer bailar a personas y cacharros. Hombres con sartas de pañuelos de diferentes colores se ponían delante del transeúnte como si fueran a capearlo. Mujeres chillonas taladraban el oído con pregones enfáticos, acosando al público y poniéndole en la alternativa de comprar o morir. Jacinta veía las piezas de tela desenvueltas en ondas a lo largo de todas las paredes, percales azules, rojos y verdes, tendidos de puerta en puerta, y su mareada vista le exageraba las curvas de aquellas rúbricas de trapo. De ellas colgaban, prendidas con alfileres, toquillas de los colores vivos y elementales que agradan a los salvajes. En algunos huecos brillaba el naranjado que chilla como los ejes sin grasa; el bermellón nativo, que parece rasguñar los ojos; el carmín, que tiene la acidez del vinagre; el cobalto, que infunde ideas de envenenamiento; el verde de panza de lagarto, y ese amarillo tila, que tiene cierto aire de poesía mezclado con la tisis, como en la *Traviatta*. Las bocas de las tiendas, abiertas entre tanto colgajo, dejaban ver el interior de ellas tan abigarrado como la parte externa, los horteras de bruces en el mostrador, o vareando telas, o charlando. Algunos braceaban, como si nadasen en un mar de pañuelos. El sentimiento pintoresco de aquellos tenderos se revela en todo. Si hay una columna en la tienda la revisten de corsés encarnados, negros y blancos, y con los refajos hacen graciosas combinaciones decorativas.

Dio Jacinta de cara a diferentes personas muy ceremoniosas. Eran maniquís vestidos de señora con tremendos *polisones,* o de caballero con terno completo de lanilla. Después gorras muchas

gorras, posadas y alineadas en percheros del largo de toda una casa; chaquetas ahuecadas con un palo, zamarras y otras prendas que algo, sí, algo tenían de seres humanos sin piernas ni cabeza. Jacinta, al fin, no miraba nada; únicamente se fijó en unos hombres amarillos, completamente amarillos, que colgados de unas horcas se balanceaban a impulsos del aire. Eran juegos de calzón y camisa de bayeta, cosidas una pieza a otra, y que así, al pronto, parecían personajes de azufre. Los había también encarnados. ¡Oh!, el rojo abundaba tanto, que aquello parecía un pueblo que tiene la religión de la sangre. Telas rojas, arneses rojos, collarines y frontiles rojos con madroñaje arabesco. Las puertas de las tabernas también de color de sangre. Y que no son ni tina ni dos. Jacinta se asustaba de ver tantas, y Guillermina [Pacheco] no pudo menos de exclamar: «¡Cuánta perdición!, una puerta sí y otra no, taberna. De aquí salen todos los crímenes».

En la calle de Toledo vivía una amiga de Torquemada, el usurero, según se nos refiere en *Torquemada en la Cruz*.

Pues señor… fue el 15 de Mayo, día grande de Madrid (sobre este punto no hay desavenencia en las historias), del año… (esto sí que no lo sé; averígüelo quien quiera averiguarlo), cuando ocurrió aquella irreparable desgracia que, por más señas, anunciaron cometas, ciclones y terremotos, la muerte de doña Lupe [Rubín] *la de los pavos,* de dulce memoria.

Torquemada, el usurero, en la calle

Y consta la fecha del tristísimo suceso, porque D. Francisco Torquemada, que pasó casi todo aquel día en la casa de su amiga y compinche, calle de Toledo, número… (tampoco sé el número, ni creo que importe) cuenta que, habiendo cogido la enferma, al declinar la tarde, un sueñecito reparador que parecía síntoma feliz del término de la crisis nerviosa, salió él al balcón por tomar un poco el aire y des-

El enganchón era un modo de galanteo. Ilustración de época

La Puerta del Sol hacia 1900. **La paleta del pintor Cubells ha captado con maestría esta visión de un Madrid lluvioso**

cansar de la fatigosa guardia que montaba desde las diez de la mañana; y allí se estuvo cerca de media hora contemplando el sin fin de coches que volvían de la Pradera, con estruendo de mil demonios; los atascos, remolinos y encontronazos de la muchedumbre, que no cabía por las dos aceras arriba; los incidentes propios del mal humor de un regreso de feria, con todo el vino y el cansancio del día convertidos en fluido de escándalo. Entreteníase oyendo los dichos germanescos que, como efervescencia de un líquido bien batido, burbujeaban sobre el tumulto, revolviéndose con doscientos mil pitidos de pitos del Santo, cuando.

La irrupción de Los *Cien Mil Hijos de San Luis* transita la célebre calle, según el episodio homónimo.

Vivíamos en la calle de Toledo, que es la arteria por donde la emponzoñada sangre sube al cerebro de la villa de Madrid

La acera de la Puerta del Sol, kilómetro cero del «rompeolas de todas las Españas». Ilustración de época

en los días de fiebre. Cruzaban la calle gentes del pueblo en actitud poco tranquilizadora. Al poco rato oímos gritar: «Viva la religión» «vivan las caenas».

Fue aquella la primera vez de mi vida que oí tal grito y confieso que me horrorizó.

Calle de Toledo, Plaza Mayor, Puerta del Sol

Son los tres ángulos de un espacio vital para los madrileños de Galdós, y para los madrileños en general. Allí se libró la primera y terrible batalla contra las tropas de Napoleón, según se refiere en *El 19 de marzo y el Dos de Mayo*. Escenario, la Puerta del Sol. El narrador es el protagonista de la primera serie, Gabriel Araceli.

Llegar los cuerpos de ejército a la Puerta del Sol y comenzar el ataque, fueron sucesos ocurridos en un mismo instante. Yo creo que los franceses, a pesar de su superioridad numérica y

material, estaban más aturdidos que los españoles; así es que en vez de comenzar poniendo en juego la caballería, hicieron uso de la metralla desde los primeros momentos.

La lucha, mejor dicho, la carnicería era espantosa en la Puerta del Sol. Cuando cesó el fuego y comenzaron a funcionar los caballos, la guardia polaca llamada noble, y los famosos mamelucos cayeron a sablazos sobre el pueblo, siendo los ocupadores de la calle Mayor los que alcanzamos la peor parte, porque por uno y otro flanco nos atacaban los feroces jinetes. El peligro no me impedía observar quién estaba en torno mío, y así puedo decir que sostenían mi valor vacilante además de la Primorosa, un señor grave y bien vestido que parecía aristócrata, y dos honradísimos tenderos de la misma calle, a quienes yo de antiguo conocía.

Teníamos a mano izquierda el callejón de la Duda; como sitio estratégico que nos sirviera de parapeto y de camino para la fuga, y desde allí el señor noble y yo, dirigíamos nuestros tiros a los primeros mamelucos que aparecieron en la calle. Debo advertir, que los tiradores formábamos una especie de retaguardia o reserva, porque los verdaderos y más aguerridos combatientes, eran los que luchaban a arma blanca entre la caballería. También de los balcones salían muchos tiros de pistola y gran número de armas arrojadizas, como tiestos, ladrillos, pucheros, pesas de reló, etc.

–Ven acá, Judas Iscariote –exclamó la Primorosa, dirigiendo los puños hacia un mameluco que hacía estragos en el portal de la casa de Oñate–. ¡Y no hay quien te meta una libra de pólvora en el cuerpo! ¡Eh, so estantigua!, ¿pa qué le sirve ese chisme? Y tú, Piltrafilla, echa fuego por ese fusil, o te saco los ojos.

Las imprecaciones de nuestra generala nos obligaban a disparar tiro tras tiro.

Pero aquel fuego mal dirigido no nos valía gran cosa, porque los mamelucos habían conseguido despejar a golpes gran parte de la calle, y adelantaban de minuto en minuto.

Goya mostró su genio representado al pueblo de Madrid como protagonista de *La carga de los mamelucos.*

–A ellos, muchachos –exclamó la maja, adelantándose al encuentro de una pareja de jinetes, cuyos caballos venían hacia nosotros.

Ustedes no pueden figurarse cómo eran aquellos combates parciales. Mientras desde las ventanas y desde la calle se les hacía fuego, los manolos les atacaban navaja en mano, y las mujeres clavaban sus dedos en la cabeza del caballo, o saltaban, asiendo por los brazos al jinete. Este recibía auxilio, y al instante acudían dos, tres, diez, veinte, que eran atacados de la misma manera, y se formaba una confusión, una mescolanza horrible y sangrienta que no se puede pintar. Los caballos vencían al fin y avanzaban al galope, y cuando la multitud encontrándose libre se extendía hacia la Puerta del Sol, una lluvia de metralla le cerraba el paso.

Perdí de vista a la Primorosa en uno de aquellos espantosos choques; pero al poco rato la vi reaparecer lamentándose de haber perdido su cuchillo, y me arrancó el fusil de las manos con tanta fuerza, que no pude impedirlo. Quedé desarmado en el mismo momento en que una fuerte embestida de los franceses nos hizo recular a la acera de San Felipe el Real. El anciano noble fue herido junto a mí: quise sostenerle; pero deslizándose de mis manos, cayó exclamando: «¡Muera Napoleón! ¡Viva España!».

Aquel instante fue terrible, porque nos acuchillaron sin piedad; pero quiso mi buena estrella, que siendo yo de los más cercanos a la pared, tuviera delante de mí una muralla de carne humana que me defendía del plomo y del hierro. En cambio era tan fuertemente comprimido contra la pared, que casi llegué a creer que moría aplastado. Aquella masa de gente se replegó por la calle Mayor, y como el violento retroceso nos obligara a invadir una casa de las que hoy deben tener la numeración desde el 21 al 25, entramos decididos a continuar la lucha desde los balcones. No achaquen Vds. a petulancia el que diga nosotros, pues yo, aunque al principio me vi comprendido entre los sublevados como al acaso y sin ninguna iniciativa de mi parte, después el ardor de la refriega, el odio contra los franceses que se comunicaba de corazón a corazón de un modo pasmoso, me indujeron a obrar enérgicamente en pro de los míos. Yo creo que en aquella ocasión memorable hubiérame puesto al nivel de algunos que me rodeaban, si el recuerdo de Inés y la consideración de que corría algún peligro no aflojaran mi valor a cada instante.

Invadiendo la casa, la ocupamos desde el piso bajo a las buhardillas: por todas las ventanas se hacía fuego arrojando al mismo tiempo cuanto la diligente valentía de sus moradores encontraba a mano. En el piso segundo un padre anciano, sosteniendo a sus dos hijas que medio desmayadas se abrazaban a sus rodillas, nos decía: «Haced fuego; coged lo que os convenga. Aquí tenéis pistolas; aquí tenéis mi escopeta de caza. Arrojad mis muebles por el balcón, y perezcamos todos y húndase mi

Estampa coetánea a los acontecimientos que describe la pelea de los patriotras en la Puerta del Sol, y que seguramente conoció Galdós

casa si bajo sus escombros ha de quedar sepultada esa canalla. ¡Viva Fernando! ¡Viva España! ¡Muera Napoleón!».

Estas palabras reanimaban a las dos doncellas, y la menor nos conducía a una habitación contigua, desde donde podíamos dirigir mejor el fuego. Pero nos escaseó la pólvora, nos faltó al fin, y al cuarto de hora de nuestra entrada ya los mamelucos daban violentos golpes en la puerta.

–Quemad las puertas y arrojadlas ardiendo a la calle –nos dijo el anciano–. Ánimo, hijas mías. No lloréis. En este día el llanto es indigno aun en las mujeres. ¡Viva España! ¿Vosotras sabéis lo que es España? Pues es nuestra tierra, nuestros hijos, los sepulcros de nuestros padres…, nuestras casas, nuestros reyes, nuestros ejércitos, nuestra riqueza, nuestra historia, nuestra grandeza, nuestro nombre, nuestra religión. Pues todo esto nos quieren quitar. ¡Muera Napoleón!

Entretanto, los franceses asaltaban la casa, mientras otros de los suyos cometían las mayores atrocidades en la de Oñate.

–Ya entran, nos cogen y estamos perdidos –exclamamos con terror, sintiendo que los mamelucos se encarnizaban en los defensores del piso bajo.

–Subid a la buhardilla –nos dijo el anciano con frenesí– y saliendo al tejado, echad por el cañón de la escalera todas las tejas que podáis levantar. ¿Subirán los caballos de estos monstruos hasta el techo?

Las dos muchachas, medio muertas de terror, se enlazaban a los brazos de su padre, rogándole que huyese.

–¡Huir! -exclamaba el viejo–. No, mil veces no. Enseñemos a esos bandoleros cómo se defiende el hogar sagrado. Traedme fuego, fuego, y apresarán nuestras cenizas, no nuestras personas.

Los mamelucos subían. Estábamos perdidos. Yo me acordé de la pobre Inés, y me sentí más cobarde que nunca. Pero algunos de los nuestros habíanse en tanto internado en la casa, y con fuerte palanca rompían el tabique de una de las habitaciones más escondidas. Al ruido, acudí allá velozmente, con la esperanza de encontrar escapatoria, y en efecto vi que habían abierto en la medianería un gran agujero, por donde podía pasarse a la casa inmediata. Nos hablaron de la otra parte, ofreciéndonos socorro, y nos apresuramos a pasar; pero antes de que estuviéramos del opuesto lado sentimos a los mamelucos y otros soldados franceses vociferando en las habitaciones principales: oyose un tiro; después una de las muchachas lanzó un grito espantoso y desgarrador. Lo que allí debió ocurrir no es para contarlo.

Pero la Puerta del Sol fue, era y es lugar de encuentros mucho más frívolos o leves, como el que se desprende de esta conversación de dos personajes de *Lo prohibido*.

Isabel II jurando la Constitución de 1837 al alcanzar su mayoría de edad en 1841. **Fue una mujer sin amor, juguete en manos de personajes ambiciosos y astutos**

–¡Miren el tísico este…! ¿Pues qué hacemos de malo? Si es cosa natural…

–¡Digo… y tan natural…!

–Que no es lo que te crees… Si todo se reduce a querernos… Mira tú; no tendría inconveniente en hacer esto en la Puerta del Sol…

5
«EN LA CALLE DEL TURCO YA MATARON A PRIM»

Sentadito en su coche / con la Guardia Civil… Así reza la leyenda del asesinato del hombre que había decidido establecer una monarquía de nuevo cuño, cifrada en la persona de don Amadeo de Saboya y de cuya condición resueltamente liberal cabía esperar lo mejor para España. Cuando Amadeo llega a Madrid, Prim está de cuerpo presente, Isabel II es una desdichada sombra en el destierro francés, fiel a su designio de ser «la de los tristes destinos», como la

Atentado contra la vida del general Prim, en la calle del Turco, la noche del 27 de diciembre de 1870. **Galdós vio esa y otras ilustraciones similares para narrar el terrible episodio**

llamó Galdós. Las páginas de España trágica recogen con eficacia el terrible episodio, acaecido en la hoy calle del Marqués de Cubas.

Al doblar la esquina de la calle del Sordo, un resplandor súbito iluminó la blancura opalina de la niebla. Uno de los ayudantes miró al través del vidrio. No era nada… Un fumador que encendía su cigarro.

A los pocos segundos, al torcer el coche para entrar en la calle del Turco, surgió otro fumador que daba fuego a su cigarro. Pensó el ayudante que ya eran dos las personas que en tal sitio y en noche tan fría se paraban a encender fósforos. El General iba meditabundo. Pensaba en lo que le habían dicho los federales, interesándose por su vida, que él mismo afectaba despreciar. No debió de ahondar mucho en sus reflexiones, porque ya próximo al extremo de la calle del Turco se detuvo el coche. Había un obstáculo… otro coche, parado y sin cochero. Oyose la voz del de Prim que clamaba contra el estorbo. En el momento mismo, el ayudante gritó: «Mi General, agáchese, que nos hacen fuego». Al través del vidrio empañado vio, o antes sintió que vio, el súbito peligro. A un golpe de fuera saltó en pedazos el cristal del lado derecho, y por el hueco entró, con un hierro en forma de trompeta, un estruendo aterrador. El General quedó herido en la mano derecha con que empuñaba el bastón.

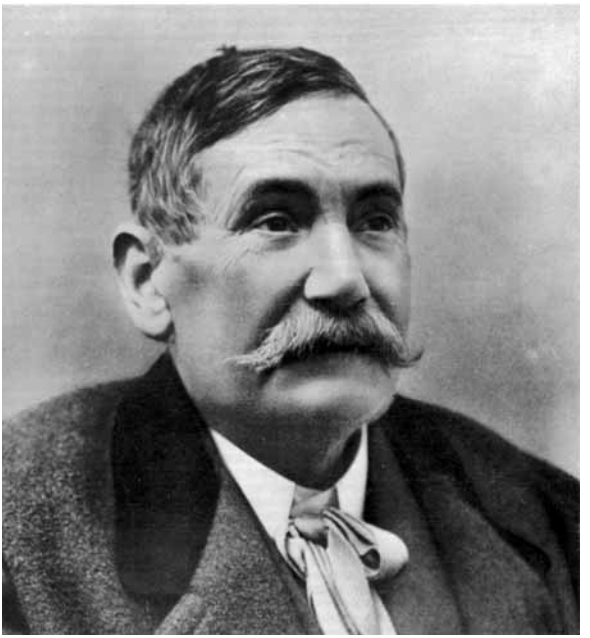
Antes que pudieran protestar de la barbarie, estalló el vidrio por el otro lado. Una voz tabernaria, infernal, gritó: «¡Fuego! ¡Prepárate; vas a morir!». Dos, tres, cinco disparos descargaron dentro del coche sin fin de postas y hierros de metralla… El cochero fustigó furioso a los caballos, para zafarse de la horrible visión de los hombres que dispararon sus trabucos. Vio cinco, seis, repartidos en los dos costados. Vestían largas blusas. Palabras soeces, horrorosas blasfemias, eran la repercusión de los disparos… En segundos pasó todo: la descarga, el piafar de los caballos, el arrancar de estos con

Berlina en la que fue asesinado el general Prim

arrogante fiereza invadiendo la acera, el encontronazo con el coche parado, la rauda salida a la calle de Alcalá tomando la dirección de la rampa de Buenavista…

El carruaje fusilado llevaba en su interior sangre, silencio y el estupor trágico, que aún no daba paso al claro conocimiento del hecho. Subiendo la rampa empezaron las voces a manifestar las impresiones… «¿Herido?… No será nada. ¡Canallas!». Prim echó las llaves a su palabra. Manteníase derecho, mirando a los oficiales y soldados de la guardia que, al ruido de los trabucazos, salieron a ver qué ocurría. Alguien dijo: «Nada… unos miserables… tentativa de agresión…». El coche entró en el portal. Un oficial abrió la portezuela. Salió Prim con bastante agilidad y rostro ceñudo, sin hablar con nadie; se dirigió a la escalera privada y subió agarrándose al pasamanos, que dejó manchado de sangre. Contestaba con frase cortante a los que bajaron a su encuentro.

En la calle del Turco, próxima al Congreso, se vivió con ansiedad los resultados de las deliberaciones que condujeron a comienzos de 1874 a la disolución de la I República, el golpe de Estado del general Pavía según ilustra este otro pasaje de *Fortunata*.



Retrato de Galdós por los años en que escribió *España trágica*

A mí me tocaba entonces ir allá, para traer el resultado final de la votación… Tras, tras… cojo mi calle del Turco, y entrando en el Congreso, me encontré a un periodista que salía: «La proposición lleva diez votos de ventaja. Tendremos ministerio Palanca». ¡Pobre Emilio [Castelar]!… Entré. En el salón estaban votando ya las filas de arriba. Eché un vistazo y salí. Di la vuelta por la curva, pensando lo que acababa de ver en Buenavista, la cinta negra enroscada en el edificio… [Estanislao] Figueras salió por la escalerilla del reloj, y me dijo: «Usted qué cree, ¿habrá trifulca esta noche?». Y le respondí: «Váyase usted tranquilo, maestro, que no habrá nada…». «Me parece –dijo con socarronería– que esto se lo lleva Pateta». Yo me reí. Y a poco pasa un portero, y me dice con la mayor tranquilidad del mundo, que por la calle del Florín había

tropa. «¿De veras? Visiones de usted. ¡Qué tropa ni qué niño muerto!». Yo me hacía de nuevas. Asomé la jeta por la puerta del reloj. «No me muevo de aquí –pensé, mirando la mesa–. Ahora veréis lo que es canela…». Estaban leyendo el resultado de la votación. Leían los nombres de todos los votantes sin omitir uno. De repente aparecen por la puerta del rincón de Fernando el Católico varios quintos mandados por un oficial, y se plantan junto a la escalera de la mesa. Parecían comparsas de teatro. Por la otra puerta entró un coronel viejo de la Guardia Civil.

6
LAS CALLES DE LOS CELOS

El desdichado Maximiliano (Maxi) Rubín sospecha que Fortunata, su esposa, lo engaña con Juanito Santa Cruz y decide verificarlo, como atestiguan estas páginas espléndidas de la novela, aunque el objeto de la sospecha recae en otra amante de Santa Cruz, Aurora Samaniego.

En la noche de aquel aciago día, que creyó deber marcar con la piedra más negra que en su triste camino hubiera, Juan Pablo [Rubín] sostuvo en el café del Siglo las teorías más disolventes. Con gran estupefacción de D. Basilio Andrés de la Caña, que volvió a la tertulia, embistió contra la propiedad individual, haciendo creer al propio sujeto y a otros tales que se había dado un atracón de lecturas prudhonianas. No había visto un solo libro, ni por el forro, y toda su argumentación ingeniosa sacábala de la rabia que contra doña Lupe sentía, rencor satánico que habría bastado para inspirar epopeyas.

Como el gran principio de la propiedad individual no tenía en aquella desigual contienda más defensor que D. Basilio, quedó maltrecho. La mesa de mármol, en torno de la cual formaban animado círculo las caras de los combatientes, estaba a última hora llena de cadáveres, revueltos con las cucharillas, con los vasos que aún tenían heces de café y leche, con la ceniza de cigarro, los periódicos y los platillos de metal blanco, en los cuales la mano afanadora de D. Basilio no había dejado más que polvo de azúcar. Dichos cadáveres, horriblemente destrozados, eran la propiedad,

Conjunto de la plazuela de Santa Cruz

todas las clases de propiedad posibles, el Estado, la Iglesia y cuantas instituciones se derivan de estos dos principios, Matrimonio, Ejército, Crédito público, etc…

¿Y qué menos podía hacer el desgraciado Rubín que descargar contra el orden social y los poderes históricos la horrible angustia que llenaba su alma? Porque estaba perdido, y la cruel negativa de su tía le puso en el caso de escoger entre la deshonra y el suicidio. Antes de ir al café había tenido un vivo altercado con Refugio [su amante], por pretender ésta que fuese con ella a Gallo, y el disgusto con su querida, a quien tenía cariño, le revolvió más la bilis. Sus amigos no podían con él; estaba furioso; poco faltaba para que insultase a los que le contradecían, y su numen paradójico se excitaba hasta un grado de inspiración que le hacía parecer un propagandista de la secta de los *tembladores*. El que mejor replicaba ¡parece increíble!, era Maxi, que se quedó en el café más tiempo del acostumbrado, retenido por el interés de la polémica.

Defendía el joven Rubín los principios fundamentales de toda sociedad con un ardor y una serena convicción que eran el asombro de cuantos le oían. No se alteraba como el otro; argumentaba con frialdad, y sus nervios, absolutamente pacíficos, dejaban a la razón desenvolverse con libertad y holgura. La suerte de Rubín mayor fue que Rubín menor se marchó a las diez, pues doña Lupe [su tía] le tenía prescrito que no entrase en casa tarde, y por nada del mundo desobedecería él esta pragmática. Había vuelto a la docilidad de los tiempos que se podrían llamar *antediluvianos* o que precedieron a la catástrofe de su casamiento. Dejando que su hermano se arreglara como pudiese con los demás tratadistas de derecho público, abandonó el café con ánimo de irse derechito a su casa. Atravesó la Plaza Mayor, desde la calle de Felipe III a la de la Sal, y en aquel ángulo no pudo menos que pararse un rato, mirando hacia las fachadas del lado occidental del cuadrilátero. Pero esta suspensión de su movimiento fue pronto vencida del prurito de lógica que le dominaba, y se dijo: «No; voy a casa, y han dado ya las diez… Luego, no debo detenerme». Siguió por la calle de Postas y Vicario Viejo, y antes de desembocar en la subida a Santa Cruz, vio pasar a Aurora [Samaniego], que salía de la tienda de Samaniego para ir a su casa. «¡Qué tarde va hoy!» pensó, siguiendo tras ella por la calle arriba, hacia la plazuela de Santa Cruz, no por seguirla, sino porque ella iba delante de él, sin verle. Andaba la viuda de Fenelón a buen paso, sin mirar para ninguna parte, y llevaba en la mano un paquete, alguna obra tal vez para trabajar en su casa el día siguiente, que era domingo, y domingo de Ramos por más señas.

Como iba más aprisa que él, pronto se aumentó la distancia que les separaba. En vez de seguir por la calle de Atocha para tomar por la de Cañizares, como parecía natural (este era el itinerario que usaba Maxi), la joven se metió por el oscuro callejón del Salvador. En la sombra del Ministerio de

Ultramar la esperaba un hombre que la detuvo un instante: diéronse las manos y siguieron juntos. «Hola, hola –se dijo Maxi acechando–, ¿belenes tenemos?». Y viéndoles ir por el callejón adelante, una idea o más bien sospecha encendió en él vivísima curiosidad. Siguiéndoles a cierta distancia, se cercioró al punto de lo que antes fuera presunción, y la certidumbre produjo en su alma violentísima sacudida. «Es él, ese infame… La espera; van juntos… y toman la vía más solitaria… Luego, son amantes… ¡Engañar a una pobre mujer… un hombre casado!…». Determinose en él con poderosa fuerza el rencor de otros tiempos, aquel rencor concentrado y sutil que era como un virus ponzoñoso, tan pronto manifiesto como latente, y que al derramarse por todo su ser, producía tantos y tan distintos fenómenos cerebrales. Al propio tiempo se desbordaba en el alma del desdichado joven un sentimiento quijotesco de la justicia, no tal como la estiman las leyes y los hombres, sino como se ofrece a nuestro espíritu, directamente emanada de la esencia divina. «Esto lo tolera y aun lo aplaude la sociedad… Luego, es una sociedad que no tiene vergüenza. ¿Y qué defensa hay contra esto? En las leyes ninguna. ¡Ay, Dios mío, si tuviera aquí un revólver, ahora mismo, ahora mismo, sin titubear un instante, le pegaba un tiro por la espalda y le partía el corazón! No merece que se le mate por delante. ¡Traidor, miserable, ladrón de honras! ¡Y esa tonta que se deja engañar!… Pero ella no merece la muerte, sino la galera, sí señor, la galera…».

La venganza de Rubín

Al día siguiente del lastimoso lance ocurrido cerca de Cuatro Caminos, [en que Santa Cruz lo apalea], no estaba Maxi más excitado y rencoroso que aquella noche lo estuvo. En el tiempo transcurrido desde la noche aciaga de Noviembre, no había visto a su ofensor sino muy contadas veces, y siempre de lejos; nunca le había tenido así, tan a tiro… «¡Ay!, ¿por qué

no traigo un revólver?… Ahora mismo le dejaba seco. Si pasara por una armería, lo compraba… Pero si no tengo dinero. La tía no me da más que los dos reales para el café. Dios, ¡qué desesperación! Si me infundes la idea de la justicia, idea lógica, perfectamente lógica, ¿por qué no me das los medios para hacerla efectiva?… Verle expirar revolcándose en su sangre; no tenerle ninguna lástima… ¡Que no vea yo esto, Dios!… ¡Que no lo vea el mundo entero… porque el mundo entero se había de regocijar…!».

Después de recorrer la calle de Barrionuevo y la plaza del Progreso, la pareja tomó por la calle de San Pedro Mártir, buscando la menos concurrida. «Van a tomar por la calle de la Cabeza –dijo Maxi–, por donde no pasa un alma a estas horas. ¡Ah!, trasto, ladrón de honras, asesino… La justicia caerá sobre ti algún día, si no hoy, mañana. Lo que siento es que no sea por mi mano». Seguíales sin perderles de vista, a bastante distancia… «Me duelen las contusiones que recibí aquella noche, como si las acabara de recibir… Perdulario, cobarde, que te ensañas con los débiles de cuerpo, con los enfermos que no se pueden tener… A ti se te contesta con una bala… ¡plaf! Y se te deja seco… Y yo me quedaría tan fresco si te pudiera dar lo que mereces… pero tan fresco y tan satisfecho como se queda todo el que ha hecho un bien muy grande, pero muy grande…».

Al llegar a la calle del Ave María, Rubín se pasó a la acera de los impares y se puso en acecho en la esquina de la calle de San Simón, en la sombra.

Detuviéronse: Aurora parecía decir a su galán que no siguiese más. Era prudente esta indicación, y el galán se despidió apretándole la mano. Maxi le miró subir hacia la calle de la Magdalena, y sentía deseos de gritar e írsele encima: «Ratero de mi honor y de todos los honores… ahora las vas a pagar todas juntas». Creía que se le afilaban las uñas haciéndosele como garras de tigre. En un tris estuvo que Maxi diese

La calle del Ave María en la actualidad. En ella vive, en *Fortunata y Jacinta,* el matrimonio Maxi-Fortunata

el salto y cayese sobre la presa. La lógica le salvó. «Soy mucho más débil, y me destrozará… Un revólver, un rifle es lo que yo necesito».

Cuando los amantes desaparecieron de su vista, Rubín penetró en su casa. Lo más particular fue que la idea de su mujer se borró de su mente durante aquel suceso, o quizás personificaba en Aurora la totalidad de las deslealtades y traiciones femeninas. A solas en su cuarto, fue acometido de una duda horrible. «Pero esto que me desvela ahora –se decía revolviéndose en el lecho–, ¿es verdad, o lo he soñado yo? Sé que entré, sé que caí en la cama, sé que dormí, y ahora me encuentro con esta impresión espantosa en mi cerebro. ¿Es verdad que les he visto, al infame y a ella, o lo he soñado? Que yo he tenido un sopor breve y profundo, es indudable… Pues ya voy creyendo que ha sido sueño… Sí; sueño ha sido… Aurora es honrada. Vaya con

las cosas que sueña uno… ¡Pero no, Dios, si lo vi, si lo estoy viendo todavía, y si tengo estampadas aquí las dos figuras…! Esto es para volverse loco… ¡y sería lástima, ahora que estoy tan cuerdo…!».

Todo el día siguiente estuvo con la misma confusión en su mente. ¿Lo había visto, o lo había soñado? El Miércoles Santo enviole su tía con un recado a casa de Samaniego, y después de estarse allí gran rato, oyendo tocar la pieza, notó que doña Casta [Moreno, la madre] hablaba muy vivamente con Aurora. –«Vaya, hija, que hoy nos has dado un buen plantón. ¡Tres horas esperándote!… ¿A qué tienes tú que ir hoy al obrador, si hoy no se trabaja?… Lo mismo que el Domingo de Ramos… Toda la tarde en el obrador, y luego viene Pepe [Samaniego] y me dice que ni has aparecido por allí ni ese es el camino. ¿En dónde estuviste? ¡En casa de las de Reoyos [familia de Pepe]! ¿Y qué hacías tú tantas horas en casa de las de Reoyos? Tengo yo que averiguarlo…».

Aurora se defendía con ingenio y tesón, como quien sabe que es mayor de edad y puede, cuando quiera, echar a rodar la autoridad materna; pero no llegó el caso de hacerlo así. Maxi, aparentando poner sus cinco sentidos en la pieza que tocaba Olimpia [Samaniego], no perdía sílaba de aquel doméstico altercado. Gracias que la cuestión ocurrió cuando la niña tenía entre sus dedos el *andante cantabile molto expresivo,* que si llega a coincidir con el allegro agitato, ni Dios pesca una letra de lo que hija y madre hablaron. Durante el *presto con fuoco,* Maxi se decía: «Parece mentira que dudara yo un instante de que aquello era la pura realidad… ¡Y lo creí sueño…!, ¡qué imbécil!… Un dato tomado de la existencia positiva me ha quitado todas las dudas. Ahora no me basta con la lógica, necesito ver algo más… y veré. ¡Qué lección para mi mujer! ¡Oh! Dios mío, ahora me asalta otra duda horrible. Si la mato no

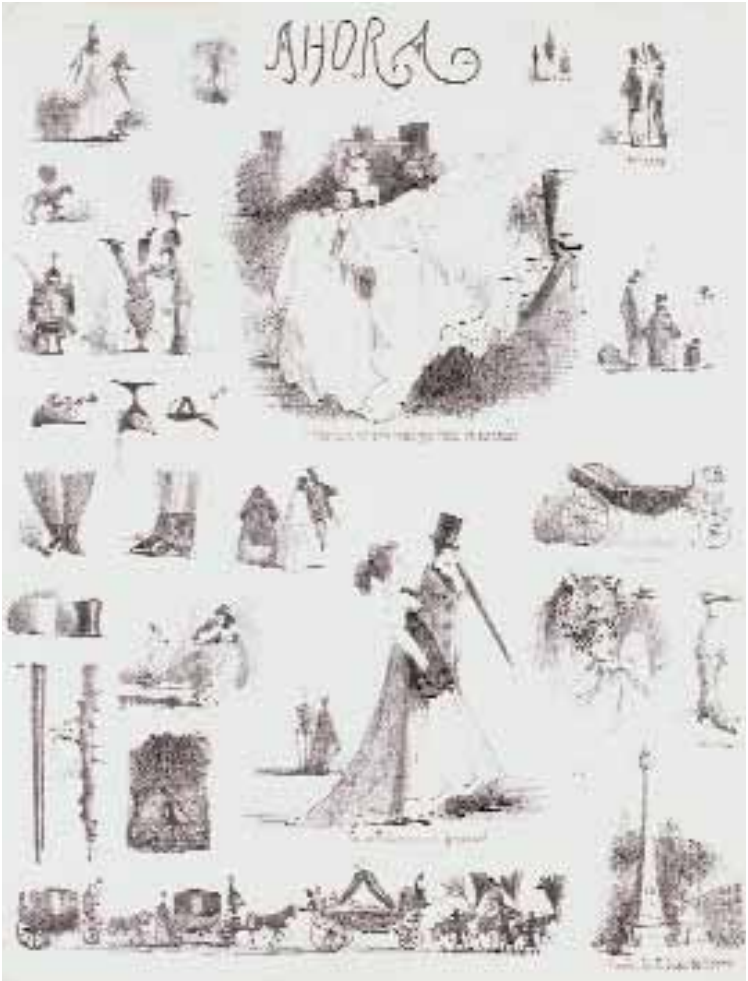
hay lección. La enseñanza es más cristiana que la muerte, quizá más cruel, y de seguro más lógica… Que viva para que padezca y padeciendo aprenda… Pero a él debo matarle… ¡a él!

7
PAISAJES MADRILEÑOS. CALLES Y ESPACIOS SOCIALES

Dos personajes centrales de *La incógnita* recorren Madrid y descubren un paisaje invernal.

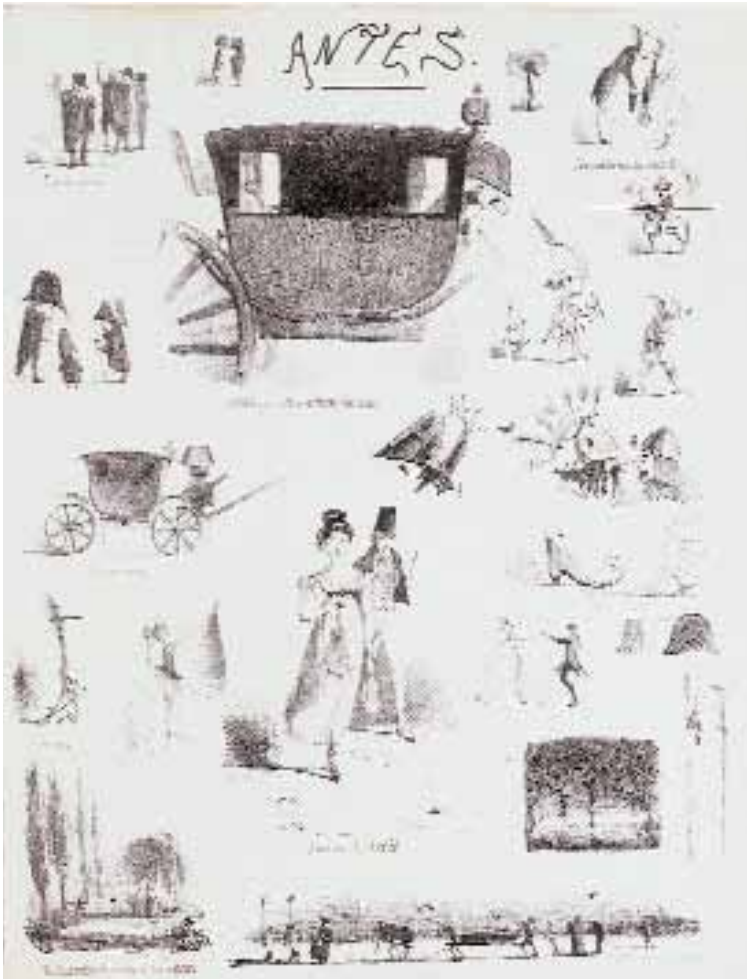
> El coche había recorrido la calle Ancha, y atravesaba Chamberí para bajar a la Castellana por las casas de Indo. Densa niebla luminosa y blanca se aplanaba sobre Madrid. No se veían las casas ni los árboles. Las luces de gas, desvaneciéndose en la claridad lechosa, formaban discos, en algunos puntos teñidos de un viso rosado, en otros de verde.

Salón del Prado, uno de los espacios sociales predilectos de Madrid desde su creación, en el reinado de Carlos III



Comercio: ahora y antes (ahora). **Curioso mensaje comercial de la época**

Lugares muy conocidos del Madrid galdosiano aparecen en esta página de *Amadeo I,* aunque los historiadores ponen en duda el absoluto realismo del dato de la estancia en Cuchilleros del conocido restaurante Lhardy.



Comercio: ahora y antes (antes)

A las veces, llevábame Roberto Robert a *Lhardy,* un espléndido restaurante bodegón que radica en los sótanos de la plaza Mayor, y tiene su entrada suntuosa por Cuchilleros, en lo más bajo de la Escalerilla.

Parterre del Parque del Retiro hacia 1900; «Un campo urbano, una ciudad de árboles y arbustos»; al fondo, el Casón y los Jerónimos

Hay lugares más siniestros en el Madrid galdosiano, como la plaza de la Cebada, situada en el genuino Madrid, donde se ejecutaba a los reos y murió ahorcado [Rafael de] Riego el 7 de noviembre de 1823, como se alude en este pasaje de *El terror de 1824*.

> La plazuela de la Cebada, prescindiendo del mercado que hoy la ocupa desfigurándola y escondiendo su fealdad, no ha variado cosa alguna desde 1823. Entonces, como hoy, tenía aquel aire villanesco y zafio que la hace tan antipática, el mismo ambiente malsano, la misma arquitectura irregular y ramplona. Aunque parezca extraño, entonces las casas eran tan vetustas como ahora, pues indudablemente aquel amasijo de tapias agujereadas no ha sido nuevo nunca. La iglesia de Nuestra Señora de Gracia, viuda de San Millán desde 1868, tenía el mismo aspecto de almacén abandonado, mientras su consorte, arrinconado entre las callejuelas de las Maldonadas

y San Millán, parecía pedir con suplicante modo que le quitaran de en medio. La fundación de doña Beatriz Galindo no daba a la plaza sino podridos aleros, tuertos y llorosos ventanuchos, medianerías cojas y covachas miserables. La elegante cúpula de la capilla de San Isidro, elevándose en segundo término, era el único placer de los ojos en tan feo y triste sitio.

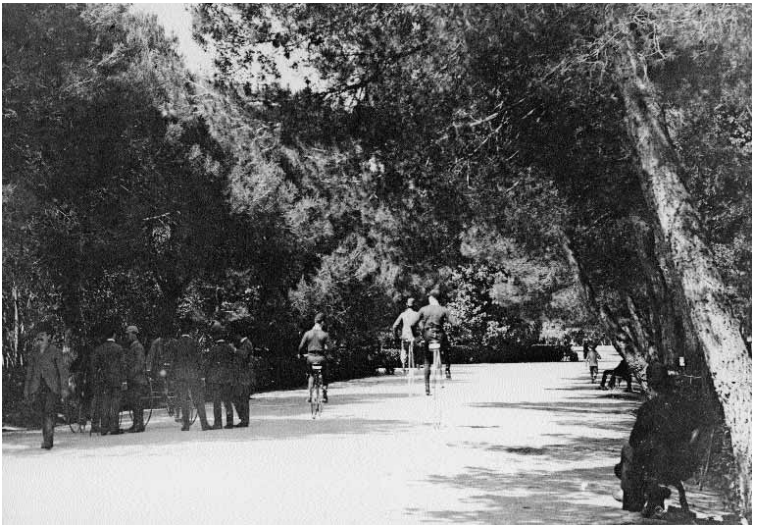
Esta plazuela había recibido de la plaza Mayor, por donación graciosa, el privilegio de despachar a los reos de muerte, por cuya razón era más lúgubre y repugnante. Aquella boca monstruosa y fétida se había tragado ya muchas víctimas, y ¡cuántas le quedaban aún por tragar desde aquella célebre fecha de Noviembre de 1823, que ennobleció la plaza-cadalso, dándole nombre más decoroso que el que siempre ha llevado!

El Retiro, la Castellana

El pueblo llano y la burguesía hicieron de ambos lugares espacios sociales, que en el caso de la Castellana, llena de palacetes, servía los intereses de las clases altas. Así lo muestran estas páginas de *La desheredada*. El segundo texto está puesto en boca de un niño marginal, lo que explica algunas de sus consideraciones.

Llegaron por fin al Buen Retiro, cuyo lindo nombre ha querido en vano cambiarse con el insulso rótulo de *Parque de Madrid*.

Allí las emociones de Isidora [Rufete] una alegría casi infantil, un deseo vivo de correr, de despeinarse, de entrar descalza en los charcos de las acequias, de subir a las ramas en busca de nidos, de coger flores, de dormir a la sombra, de cantar. Aquella naturaleza hermosa, aunque desvirtuada por la corrección, despertaba en su impresionable espíritu instintos de independencia y de candoroso salvajismo. Pero bien pronto comprendió que aquello era un campo urbano, una ciudad de árboles y arbustos. Había calles, plazas y hasta



Velocípedos en el Parque del Retiro. La burguesía sabía divertirse con estos modernos artilugios, que se introdujeron en los últimos años del siglo XIX

manzanas de follaje. Por allí andaban damas y caballeros, no en facha de pastorcillos, ni al desgaire, ni en trenza y cabello, sino lo mismo que iban por las calles, con guantes, sombrilla, bastón. Prontamente se acostumbró el espíritu de ella a considerar el Retiro (que sólo conocía por vagos recuerdos de su niñez) como una ingeniosa adaptación de la Naturaleza a la cultura; comprendió que el hombre, que ha domesticado a las bestias, ha sabido también civilizar al bosque. Echando, pues, de su alma aquellos vagos deseos de correr y columpiarse, pensó gravemente de este modo: «Para otra vez que venga, traeré yo también mis guantes y mi sombrilla».

Después de admirar el afeitado Parterre, fueron a dar la vuelta al estanque grande, que es un mar de bolsillo, como decía [Alejandro] Miquis. Este la llevó luego por sitios escondidos y por las callejuelas y laberintos que están entre el estanque y la fuente de la China. Miquis estaba alegre como un niño, porque también en él, parroquiano constante del

Paseo de Coches del Parque del Retiro hacia 1900. La modernidad escribía su rastro

Retiro, hacía sentir su influjo la vegetación nueva de Primavera, los juegos del sol entre las ramas, el meneo de las hojas acariciándose, y aquel ambiente, compuesto de frescura y tibieza, que al mismo tiempo atemperaba el cuerpo y el alma. La capa le daba calor. Se la quitó arrojándola por tierra. Hizo después una almohada de ella y se tendió en el suelo. Isidora se sentó frente a él.

…

Y algunos días después de esto, Mariano [Rufete] estaba en la encrucijada que llaman las Cuatro Calles, mirando indeciso las vías que allí concurren, sin saber cuál escoger para entrar por ella. Oigámosle:

«¿Iré a casa de mi tía? No, que llama a los de Orden público y me cogen. ¿Iré a ver a mi hermana? No, que estará allí *Gaitica*. ¿A dónde iré? Dejémonos ir. Por aquí, por la Carrera abajo, veré la gente que va a paseo, veré los coches, subiré al Retiro, y me estaré allí toda la tarde… Hace buen tiempo,

Contertulios, conversaciones y tertulias nutren de vida el mundo galdosiano

tengo dos duros y no se me da cuidado de nada… Ya empieza a pasar la pillería. Allá va un coche…, y otro y otro. Toma, aquel es de ministro. *Chupa-gente,* ¿sabe el coche? *Oigasté,* ¿y si le dijeran: «Suelte lo que no es suyo?…». Ahí va otro. ¡Cuánto habrá robado ese hombre para llevar cocheros con tanto galón!… Anda, anda, y allí va un cochero montado en el caballo de la derecha, con su gorrete azul y charretera… ¡Eh!, y en el coche van dos señoras… ¡Vaya unas tías, y cómo se revuelcan en los cojines! *Oigan ustés,* ¿de dónde han sacado tanto encaje? Y qué abrigaditas con sus pieles… Pues yo tuve anoche mucho frío, y ando con los zapatos rotos. Paren, paren el coche, que voy a subir un ratito. Estoy cansado. ¡Valientes tías!… Subiré por el Dos de Mayo. Por aquí va mucha gente a pie.

Retiro

»Este Retiro es bonito; sólo que…, de aquellas cosas que pasan, habiendo tantos que tienen frío, el pueblo debía venir aquí a cortar leña… Entro por este paseo de los muñecos de piedra con las manos y las narices rotas. ¡Qué feos son!… Hola, hola, ¿niñitos con guantes? ¡Y cuántos perifollos gasta esta familia! Con lo que lleva encima la criada había para ves-

tir a cuatro mil pobres… El papá debe de haber robado mucho. Está gordo como un lechón… De consiguiente, que lo abran en canal… Tomemos por aquí a la derecha, para ir a la Casa de Fieras… Pero no entraré; estoy cansado de verlas. ¡Puño, cuánto coche! Allá va D. Melchor [de Relimpio] acompañando a dos niñas. Sí, para ti estaban, bruto. Son las niñas de Pez. Y el Sr. Pez [Joaquín] va también con la gran tripa llena de billetes de Banco, que ha tragado… Más coches, más coches, más. Bien dice el maestro que lo bueno sería que toda esta gente no tuviera más que un solo pescuezo para ahorcarla toda de una vez… De consiguiente, todos viviríamos al pelo… Pero ¿qué es aquello que viene allí? ¡Ah!, ya sé. Primero un batidor a caballo. Después el gran coche con seis caballos… Puño, y toda esa gente de galones, ¿para qué sirve? Miale, miale, cómo saluda a todo el mundo, sombrero en mano; y ella también saluda, moviendo la cabeza. Descuidar, que alguno habrá que vus arregle. Yo lo que digo es que muerto el perro se acabó la rabia, y que muerta la cabeza, manos y pies se mueren… Miales, miales; dan vueltas para que les vean mejor. Ahora vuelven para acá; ya vus hemos visto bien.

»¡Valientes perdularios! Si hubiera un hombre de corazón, ¿a dónde iríais a parar todos? Todos os pasaríais al partido de los pobres. ¡Vivan los pobres! digo yo, y caiga el que caiga. ¡Abajo los ladrones!… Puño, vienen más coches, todos con tías brujas o con mozas guapas muy tiesas. Ya, ya; ¿sombrillita para que el sol no les queme las caras? Pues yo, tías brujas, ando al sol y al aire, con los zapatos rotos, y la blusa rota, muerto de frío; con que… ¡Eh!… ¿Quién es aquel que va a caballo? ¿No es Gaitica? El mismo, un chulo vestido de persona decente. Y saluda a dos que van en un coche. Todo porque estos días ha ganado al juego muchos miles. Ladrón, ruletero, chulapo, ordinario, canalla. Apuesto a que pasa por junto a mí y no me saluda; ¿apostamos? Aquí viene; me acer-

caré para que me vea. Le hablaré en flamenco. «Buenas tardes, zeñó Zurupa».

Esto decía Mariano acercándose a un jinete que avanzaba por la orilla del paseo, montado en un caballo español puro, de cuello corvo y movimientos tan gallardos como pesados. El jinete vio al chico, y entre bromas y veras, sacudió el siniestro brazo, y con el látigo, quizás sin pensarlo, le cruzó la cara, diciéndole: *«Granujilla…»*.

8
LA PERIFERIA TRÁGICA

En su desesperación, Ramón Villaamil, el protagonista de *Miau*, el desdichado cesante atormentado con el recuerdo de sus enemigos, recorre la periferia de Madrid, al nordeste. Esa periferia presenciará el fin de sus días.

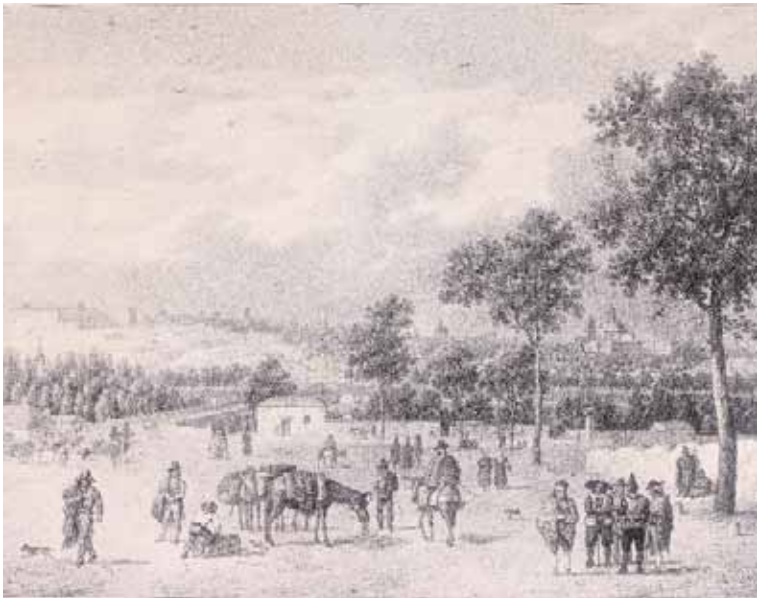
Huyó con increíble ligereza, atravesando la plazuela del Limón, pasó por delante del cuartel, temeroso de que la guar-

Afueras de Madrid. **«Encontrose de nuevo en los vertederos de la Montaña, en lugares a donde no llega el alumbrado público»** ***(Miau)***

dia le detuviese, y siguiendo la calle del Conde Duque, miró hacia atrás, y vio que Mendizábal, aunque le seguía, quedaba bastante lejos. Sin tomar aliento, encaminose hacia la desierta explanada, y antes que su perseguidor pudiera verle, se ocultó tras un montón de baldosas. Sacando la cabeza con gran precaución y sin sombrero por un hueco de su escondite, vio al hombre-mono desorientado, mirando a derecha e izquierda, y con preferencia a la parte del paseo de Areneros, por donde creyó se había escabullido la caza. «¡Ah!, sectario del oscurantismo, ¿querías cogerme? No te mirarás en ese espejo. Sé yo más que tú, monstruo, feo, más feo que el hambre, y más neo que Judas. Ya sabes que siempre he sido liberal, y que antes moriré que soportar el despotismo. Vete al cuerno, grandísimo reaccionario, que lo que es a mí no me encadenas tú… Me futro en tu absolutismo y en tu inquisición. Jeríngate, animal, carca y liberticida, que yo soy libre y liberal y demócrata, y anarquista y petrolero, y hago mi santísima voluntad…».

Aunque perdiera de vista al feo *gorila,* no las tenía todas consigo. Conocedor de la fuerza hercúlea de su portero, sabía que si este le echaba la zarpa, no le soltaría a dos tirones; y para evitar su encuentro, se agachó buscando la sombra y amparo de los sillares o rimeros de adoquines que de trecho en trecho había. Protegido por la densa oscuridad, volvió a ver al memorialista, que al parecer se retiraba desesperanzado de encontrarle. «Abur, lechuzo, sicario del fanatismo y opresor de los pueblos… ¡Miren qué facha, qué brazos y qué cuerpo! No andas a cuatro pies por milagro de Dios. Joróbate y búscame, y date tono con doña Pura [abuela de Luis], diciéndole que me viste… Zángano, neo, salvaje, los demonios carguen contigo».

Cuando se creyó seguro, volvió a internarse en las calles, siempre con el recelo de que Mendizábal le iba a los alcances, y no daba un paso sin revolver la vista a un lado y otro.



Afueras de Madrid. Camino de Segovia. Una España rural

Creía verle salir de todos los portales o agazapado en todos los rincones oscuros, acechándole para caer encima con salto de mono y coraje de león. Al doblar la esquina del callejón del Cristo para entrar en la calle de Amaniel, ¡pataplum!, cátate a Mendizábal hablando con unas mujeres. Afortunadamente el memorialista le volvía la espalda y no pudo verle. Pero Villaamil, viéndose cogido, tuvo una inspiración súbita, que fue meterse por la primera puerta que halló a mano. Encontrose dentro de una taberna. Para justificar su brusco ingreso, pasado el primer instante de sobresalto, fuese al mostrador y pidió Cariñena. Mientras le servían observó la concurrencia: dos sargentos, tres paisanos de chaqueta corta y cuatro mozas de malísimo pelaje. «¡Vaya unas chicas guapas y elegantes! –dijo mirándolas, al beber, por encima del vaso–.

La calle de los Reyes en la actualidad. La transita Villaamil antes de ejecutar su trágica decisión

Véase por dónde me entran ahora ganas de echarles alguna flor… ¡yo que desde que llevé a Pura al altar no he dicho a ninguna mujer *por ahí te pudras!*… Pero con la libertad parece que me remozo, y que me resucita la juventud… vaya… y me bailan por el cuerpo unas alegrías… ¡Cuidado que pasarse un hombre seis lustros sin acordarse de más mujer que la suya!… ¡Qué cosas!… Vamos, que también me da por beberme otra copa… Treinta años de virtud disculpan que uno eche ahora media docena de canas al aire… *(Al tabernero).* Deme usted otra copita… Pues lo que es las mozas me están gustando; y si no fuera por esos gandules que las cortejan, les diría yo algo por donde comprendiesen lo que va de tratar con caballeros a andar entre gusanos y soldaduchos…

Debiera trabar conversación, al menos para dar tiempo a que desfile Mendizábal… ¡Dios mío!, líbrame de esa fiera ultramontana y facciosa… Nada, que me gustan las niñas; sobre todo aquella que tiene el moño alto y el mantón colorado… También ella me mira, y… Ojo, Ramón, que estas aventuras son peligrosas. Modérate, y para hacer más tiempo, toma una copita más. Paisano, otra…».

La partida salió, y Villaamil, calculando con rápida inspiración, se dijo: «Me meto entre ellos, y si aún está el esperpento ahí, me escabullo mezclado con estos galanes y estas señoras». Así lo hizo, y salió confundido con las mozas, que a él le parecían de ley, y con los militares. Mendizábal no estaba en la calle ya; pero don Ramón no las tenía todas consigo y siguió tras la patulea, pegado a ella lo más posible, reflexionando: «En último caso, si el orangután ese me ataca, es fácil que estos bravos militares salgan a defenderme… Vas bien, Ramón, no temas… La sacrosanta libertad, hija del Cielo, no te la quita ya nadie».

Al llegar cerca de las Capuchinas, vio que la alegre banda desaparecía por la calle de Juan de Dios. Oyó carcajadas de las desenvueltas muchachas, y juramentos y voquibles de los hombres. Mirando con tristeza y envidia el grupo: «¡Oh, dichosa edad de la despreocupación y del *qué se me da a mí!* Dios os la prolongue. Haced todos los disparates que se os ocurran, jóvenes, y pecad todo lo que podáis, y reíos del mundo y sus incumbencias, antes que os llegue la negra y caigáis en la horrible esclavitud del pan de cada día y de la posición social».

El fin

Al decir esto, todas sus ideas accesorias e incidentales se desvanecieron, dejando campar sola y dominante la idea constitutiva de su lamentable estado psicológico. «Debe de ser

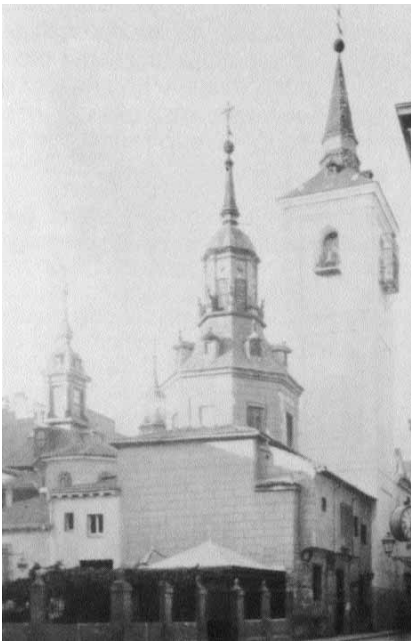
tarde, Ramón. Apresúrate a ponerte punto final. Dios lo dispone». De aquí pasó al recuerdo de Luis [Cadalso], de quien tan cerca estaba, pues el anciano había entrado en la calle de los Reyes. Parose frente a la casa de Cabrera, y mirando hacia el segundo, soltó en el embozo de su capa estas expresiones: «Luisín, niño mío, tú, lo más puro y lo más noble de la familia, digno hijo de tu madre, a quien voy a ver pronto, ¿qué tal te encuentras con esos señores? ¿Extrañas la casa? Tranquilízate, que ya te irás acostumbrando a ellos; son buenas personas, tienen mucho arreglo, gastan poco, te criarán bien, harán de ti un hombre. No te pese haber venido. Haz caso de mí que te quiero tanto, y hasta me dan ganas de rezarte, porque tú eres un santo en flor, y te han de canonizar… como si lo viera. Por tu boca inocente se me confirmó lo que ya se me había revelado… y yo que aún dudaba, desde que te oí, ya no dudé más. Adiós, chiquillo celestial; tu abuelito te bendice… mejor sería decirte que te pide la bendición, porque eres un santito, y el día que cantes misa, verás, verás qué alegría hay en el Cielo… y en la tierra… Adiós, tengo prisa… Duérmete, y si eres desgraciado y alguien te quita tu libertad, ¿sabes lo que haces?, pues te largas de aquí… hay mil maneras… y ya sabes dónde me tienes… Siempre tuyo…».

Esto último lo dijo andando hacia la plaza de San Marcial con reposado continente, como hombre que vuelve a su casa sin prisa, cumplidos los deberes de la jornada. Encontrose de nuevo en los vertederos de la Montaña, en lugares a donde no llega el alumbrado público, y los altibajos del terreno poníanle en peligro de dar con su cuerpo en tierra antes de sazón. Por fin se detuvo en el corte de un terraplén reciente, en cuyo movedizo talud no se podía aventurar nadie sin hundirse hasta la rodilla, amén del peligro de rodar al fondo invisible. Al detenerse, asaltole una idea desconsoladora, fruto de aquella costumbre de ponerse en lo peor y hacer cálculos

pesimistas. «Ahora que veo cercano el término de mi esclavitud y mi entrada en la Gloria Eterna, la maldita suerte me va a jugar otra mala pasada. Va a resultar (sacando el arma), que este condenado instrumento falla… y me quedo vivo a medio morir, que es lo peor que puede pasarme, porque me recogerán y me llevarán otra vez con las condenadas *Miaus*… ¡Qué desgraciado soy! Y sucederá lo que temo… como si lo viera… Basta que yo desee una cosa, para que suceda la contraria… ¿Quiero suprimirme? Pues la perra suerte lo arreglará de modo que siga viviendo».

9
LAS CALLES DE LA MISERIA

Galdós no fue un novelista del proletariado, pero supo asomarse al Sur, donde bullían las clases desheredadas madrileñas y captar cuanto había de turbador en su existencia y en sus repercusiones históricas, de las que es cifra el símbolo de futuro que es Fortunata. El grado extremo de la miseria se encuentra en estas páginas de *Misericordia*, protagonizada por la memorable Nina, Benigna, que pide lismosna para su señora en desgracia y después, cuando cambian las tornas, sólo recibe ingratitud y desdén.



Parroquia de San Sebastián. Es un eje central de Misericordia; en sus dominios se hacinaban los pedigueños componiendo un paisaje desolador

Dos caras, como algunas personas, tiene la parroquia de San Sebastián… mejor será decir la iglesia… dos caras que seguramente son más graciosas que bonitas: con la una mira a los barrios bajos, enfilándolos por la calle de Cañizares; con la otra al señorío mercantil de la plaza del Ángel. Habréis notado en ambos

Hombre con tenderete

rostros una fealdad risueña, del más puro Madrid, en quien el carácter arquitectónico y el moral se aúnan maravillosamente. En la cara del Sur campea, sobre una puerta chabacana, la imagen barroca del santo mártir, retorcida, en actitud más bien danzante que religiosa; en la del Norte, desnuda de ornatos, pobre y vulgar, se alza la torre, de la cual podría creerse que se pone en jarras, soltándole cuatro frescas a la Plaza del Ángel. Por una y otra banda, las caras o fachadas tienen anchuras, quiere decirse, patios cercados de verjas mohosas, y en ellos tiestos con lindos arbustos, y un mercadillo de flores que recrea la vista.

Entre ala derecha y ala izquierda, no baja de docena y media el aguerrido contingente, que componen ancianos audaces, indómitas viejas, ciegos machacones, reforzados por niños de una acometividad irresistible (entiéndase que se aplican estos términos al arte de la postulación), y allí se están desde que Dios amanece hasta la hora de comer, pues también aquel ejército se raciona metódicamente, para volver con nuevos bríos a la campaña de la tarde. Al caer de la noche, si no hay Novena con sermón, Santo Rosario con meditación y plática, o Adoración Nocturna, se retira el ejército, marchándose cada combatiente a su olivo con tardo paso. Ya le seguiremos en su interesante regreso al escondrijo donde mal vive. Por de pronto, observémosle en su rudo luchar por la pícara existencia, y en el terrible campo de batalla, en el cual no hemos de encontrar charcos de sangre ni militares despojos,

sino pulgas y otras feroces alimañas.

Vieja con tenderete

Otro grupo

Más adentro, como a la mitad del pasadizo, a la izquierda, había otro grupo, compuesto de un ciego, sentado; una mujer, también sentada, con dos niñas pequeñuelas, y junto a ella, en pie, silenciosa y rígida, una vieja con traje y manto negros. Algunos pasos más allá, a corta distancia de la iglesia, se apoyaba en la pared, cargando el cuerpo sobre las muletas, el cojo y manco Eliseo Martínez, que gozaba el privilegio de vender en aquel sitio *La Semana Católica*. Era, después de Casiana, la persona de más autoridad y mangoneo en la cuadrilla, y como su lugarteniente o mayor general. Total: siete reverendos mendigos, que han de quedar bien registrados aquí, con las convenientes distinciones de figura, palabra y carácter. Vamos con ellos.

La mujer de negro vestida, más que vieja, envejecida prematuramente, era, además de *nueva,* temporera, porque acudía a la mendicidad por lapsos de tiempo más o menos largos, y a lo mejor desaparecía, sin duda por encontrar un buen acomodo o almas caritativas que la socorrieran. Respondía al nombre de la *señá Benina* (de lo cual se infiere que Benigna se llamaba), y era la más callada y humilde de la comunidad, si así puede decirse; bien criada, modosa y con todas las trazas de perfecta sumisión a la divina voluntad. Jamás importunaba a los *parroquianos* que entraban o salían; en los *repar-*

tos, aun siendo leoninos, nunca formuló protesta, ni se la vio siguiendo de cerca ni de lejos la bandera turbulenta y demagógica de la *Burlada.* Con todas y con todos hablaba el mismo lenguaje afable y comedido; trataba con miramiento a la Casiana, con respeto al cojo, y únicamente se permitía trato confianzudo, aunque sin salirse de los términos de la decencia, con el ciego llamado Almudena, del cual, por el pronto, no diré más sino que es árabe, del Sus, tres días de jornada más allá de Marrakesh. Fijarse bien.

Tenía la Benina voz dulce, modos hasta cierto punto finos y de buena educación, y su rostro moreno no carecía de cierta gracia interesante que, manoseada ya por la vejez, era una gracia borrosa y apenas perceptible. Más de la mitad de la dentadura conservaba. Sus ojos, grandes y obscuros, apenas tenían el ribete rojo que imponen la edad y los fríos matinales. Su nariz destilaba menos que las de sus compañeras de oficio, y sus dedos, rugosos y de abultadas coyunturas, no terminaban en uñas de cernícalo. Eran sus manos como de lavandera, y aún conservaban hábitos de aseo. Usaba una venda negra bien ceñida en la frente; sobre ella pañuelo negro, y negros el manto y vestido, algo mejor apañaditos que los de las otras ancianas. Con este pergenio y la expresión sentimental y dulce de su rostro, todavía bien compuesto de líneas, parecía una Santa Rita de Casia que andaba por el mundo en penitencia. Faltábanle sólo el crucifijo y la llaga en la frente, si bien podría creerse que hacía las veces de esta el lobanillo del tamaño de un garbanzo, redondo, cárdeno, situado como a media pulgada más arriba del entrecejo.

Benigna recorre incansable las calles de Madrid para solventar sus peculiares negocios, sustentados en la caridad.

Emprendieron su camino presurosos por la calle de Mesón de Paredes, hablando poco. Benina, más sofocada por la

La catedral de los pobres. **El magistral lienzo refleja de manera realista a un grupo de mendigos a las puertas de la Sagrada Familia de Gaudí, en Barcelona. Un paisaje con equivalencias en muchos otros lugares de España, Madrid incluido**

ansiedad que por la viveza del paso, echaba lumbre de su rostro, y cada vez que oía campanadas de relojes hacía una mueca de desesperación. El viento frío del Norte les empujaba por la calle abajo, hinchando sus ropas como velas de un barco. Las manos de uno y otro eran de hielo; sus narices rojas destilaban. Enronquecían sus voces; las palabras sonaban con oquedad fría y triste.

No lejos del punto en que Mesón de Paredes desemboca en la Ronda de Toledo, hallaron el parador de Santa Casilda, vasta colmena de viviendas baratas alineadas en corredores sobrepuestos. Entrase a ella por un patio o corralón largo y estrecho, lleno de montones de basura, residuos, despojos y desperdicios de todo lo humano. El cuarto que habitaba

Almudena era el último del piso bajo, al ras del suelo, y no había que franquear un solo escalón para penetrar en él. Componíase la vivienda de dos piezas separadas por una estera pendiente del techo: a un lado la cocina, a otro la sala, que también era alcoba o gabinete, con piso de tierra bien apisonado, paredes blancas, no tan sucias como otras del mismo caserón o humana madriguera.

…

Haciéndose cargo de la impaciencia de su amiga, el ciego descolgó de un clavo el traje que él llamaba nuevo, por un convencionalismo muy corriente en las combinaciones mercantiles, y lo entregó a su amiga, que en cuatro zancajos se puso en el patio y en la Ronda, tirando luego hacia el llamado Campillo de Manuela. El mendigo, en tanto, pronunciando palabras coléricas, que no es fácil al narrador reproducir, por ser en lengua arábiga, palpaba el bulto de la mujer embriagada, que como cuerpo muerto en mitad del cuartucho yacía. A las expresiones airadas del ciego, sólo contestó con ásperos gruñidos, y dio media vuelta, espatarrándose y estirando los brazos para caer de nuevo en sopor más hondo y en más brutal inercia.

Almudena metía mano por entre las ropas negras, cuyos pliegues, revueltos con los del mantón, formaban un lío inextricable, y acompañando su registro de exclamaciones furibundas, exploró también el fláccido busto, como si amasara pellejos con trapos. Tan nervioso estaba el hombre, que descubría lo que debe estar cubierto, y tapaba lo que gusta de ver la luz del día. Allí sacó rosarios, escapularios, un fajo de papeletas de empeño envuelto en un pedazo de periódico, trozos de herradura recogidos en las calles, muelas de animales o de personas, y otras baratijas. Terminado el registro, entró la Benina, de vuelta ya de su diligencia, la cual había despachado con tanta presteza, como si la hubieran llevado y traído en volandas los angelitos del cielo. Venía la pobre

Un mendigo. Detalle de la anterior. El mendigo es cojo: ningún detalle bello, como en las pinturas de Murillo

mujer sofocadísima del veloz correr por las calles; apenas podía respirar, y su rostro sudoroso despedía fuego, sus ojos alegría.

…

Benina sacudía las ropas de la borracha esperando ver saltar una moneda. Pero no saltaron más que dos horquillas, y algunos pedacitos de carbón.

«No tenier más».

Siguió parloteando el ciego, y por las explicaciones que le dio del carácter y costumbres de la mujerona, pudo comprender que si se hubieran encontrado a esta en estado de normal despejo, les habría dado la peseta con sólo pedirla. Con una breve frase sintetizó Almudena a su compañera de hospedaje: «Ser güena, ser mala… Coger ella *tudo*, dar ella *tudo*».

Acto continuo levantó el colchón, y escarbando en la tierra, sacó una petaca vieja y sucia, que cuidadosamente escondía entre trapos y cartones, y metiendo los dedos en ella, como quien saca un cigarro, extrajo un papelejo, que desenvuelto mostró una monedita de dos reales, nueva y reluciente. La cogió Benina, mientras Almudena sacaba de su bolsillo, donde tenía multitud de herramientas, tijeras, canuto de agujas, navaja, etc., otro envoltorio con dos perras gordas. Añadió a ellas la que había recibido de D. Carlos [Moreno Trujillo], y lo dio todo a la pobre anciana, diciéndole: *«Amri, arriglar así tigo»*.

–Sí, sí… Pongo lo mío de hoy, y ya falta tan poco, que no quiero molestarte más. ¡Gracias a Dios! Me parece mentira. ¡Ay, hijo, qué bueno eres! Mereces que te caiga la lotería, y si no te

cae, es porque no hay justicia en la tierra ni en el cielo… Adiós, hijo, no puedo detenerme ni un momento más… Dios te lo pague… Estoy en ascuas. Me voy volando a casa… Quédate en la tuya… y a esta pobre desgraciada, cuando despierte, no la pegues, hijo, ¡pobrecita! Cada uno, por el aquel de no sufrir, se emborracha con lo que puede: esta con el aguardentazo, otros con otra cosa. Yo también las cojo; pero no así: las mías son de cosa de más adentro… Ya te contaré, ya te contaré.

Una mendiga. Detalle de la anterior

Y salió disparada, las monedas metidas en el seno, temerosa de que alguien se las quitara por el camino, o de que se le escaparan volando, arrastradas de sus tumultuosos pensamientos. Al quedarse solo, Almudena fue a la cocina, donde, entre otros cachivaches, tenía una palanganita de estaño y un cántaro de agua. Se lavó las manos y los ojos; después cogió un cazuelo en que había cenizas y carbones apagados, y pasando a una de las casas vecinas, volvió al poco rato con lumbre, sobre la cual derramó un puñadito de cierta substancia que en un envoltorio de papel tenía junto a la cama. Levantose del fuego humareda muy densa y un olor penetrante. Era el sahumerio de benjuí, única remembranza material de la tierra nativa que Almudena se permitía en su destierro vagabundo. El aroma especial, característico de casa mora, era su consuelo, su placer más

vivo, práctica juntamente casera y religiosa, pues envuelto en aquel humo se puso a rezar cosas que ningún cristiano podía entender.

Las correrías de Benigna

… no es hipérbole decir que la *señá* Benina, al salir de Santa Casilda, poseyendo el incompleto duro que calmaba sus mortales angustias, iba por rondas, travesías y calles como una flecha. Con sesenta años a la espalda, conservaba su agilidad y viveza, unidas a una perseverancia inagotable. Se había pasado lo mejor de la vida en un ajetreo afanoso, que exigía tanta actividad como travesura, esfuerzos locos de la mente y de los músculos, y en tal enseñanza se había fortificado de cuerpo y espíritu, formándose en ella el temple extraordinario de mujer que irán conociendo los que lean esta puntual historia de su vida. Con increíble presteza entró en una botica de la calle de Toledo; recogió medicinas que había encargado muy de mañana; después hizo parada en la carnicería y en la tienda de ultramarinos, llevando su compra en distintos envoltorios de papel, y, por fin, entró en una casa de la calle Imperial, próxima a la rinconada en que está el Almotacén y Fiel Contraste. Deslizose a lo largo del portal angosto, obstruido y casi intransitable por los colgajos de un comercio de cordelería que en él existe; subió la escalera, con rápidos andares hasta el principal, con moderado paso hasta el segundo; llegó jadeante al tercero, que era el último, con honores de sotabanco. Dio vuelta a un patio grande, por galería de emplomados cristales, de suelo desigual, a causa de los hundimientos y desniveles de la vieja fábrica, y al fin llegó a una puerta de cuarterones, despintada; llamó… Era su casa, la casa de su señora, la cual, en persona, tentando las paredes, salió al ruido de la campanilla, o más bien afónico cencerreo, y abrió, no sin la precaución de preguntar por la mirilla, cuadrada, defendida por una cruz de hierro.

Cava Baja hacia 1900

A pierna suelta

El largo descanso en el café le permitió recorrer *como una exhalación* la distancia entre el Rastro y la calle de la Cabeza, donde vivía la señorita Obdulia [Zapata], a quien deseaba visitar y socorrer antes de irse a casa, pues era indudable que a la niña correspondía la mitad, perra más o menos, de uno de los duros de D. Carlos. A las doce menos cuarto entraba en el portal, que por lo siniestro y húmedo parecía la puerta de una cárcel. En lo bajo había un establecimiento de *burras de leche,* con borriquitas pintadas en la muestra, y dentro vivían, sin aire ni luz, las pacíficas nodrizas de tísicos, encanijados y catarrosos. En la portería daban asilo a un conocido de

Benina, el ciego Pulido, que era también punto fijo en San Sebastián. Con él y con el burrero charló un rato antes de subir, y ambos le dieron dos noticias muy malas: que iba a subir el pan y que había bajado mucho la Bolsa, señal lo primero de que no llovía, y lo segundo de que estaba al caer una revolución gorda, todo porque los *artistas* pedían *las ocho horas* y los *amos* no querían darlas. Anunció el burrero con profética gravedad que pronto se quitaría todo el dinero metálico y no quedaría más que papel, hasta para las pesetas, y que echarían nuevas contribuciones, *inclusive*, por rascarse y por darse de quién a quién los buenos días. Con estas malas impresiones subió Benina la escalera, tan descansada como lóbrega, con los peldaños en panza, las paredes desconchadas, sin que faltaran los letreros de carbón o lápiz garabateados junto a las puertas de cuarterones, por cuyo quicio inferior asomaba el pedazo de estera, ni los faroles sucios que de día semejaban urnas de santos.

Las calles del Cuarto Estado

En unión de doña Guillermina Pacheco, dama caritativa, visita Jacinta lo que Galdós llama el *Cuarto Estado,* que es, aquí, orillando otras definiciones sociológicas, el mundo de la miseria en los barrios pobres de Madrid. La calle del Bastero existe todavía y se encuentra en lo que hoy es el Rastro.

… «Aquí es», dijo Guillermina, después de andar un trecho por la calle del Bastero y de doblar una esquina. No tardaron en encontrarse dentro de un patio cuadrilongo. Jacinta miró hacia arriba y vio dos filas de corredores con antepechos de fábrica y pilastrones de madera pintada de ocre, mucha ropa tendida, mucho refajo amarillo, mucha zalea puesta a secar, y oyó un zumbido como de enjambre. En el patio, que era casi todo de tierra, empedrado sólo a trechos, había chiquillos de

Escena del Rastro, siempre populoso, con el monumento a Cascorro en primer término. El gran escritor madrileño Ramón Gómez de la Serna dedicó páginas memorables al Rastro

ambos sexos y de diferentes edades. Una zagalona tenía en la cabeza toquilla roja con agujeros, o con *orificios,* como diría Aparisi; otra, toquilla blanca, y otra estaba con las greñas al aire. Esta llevaba zapatillas de orillo, y aquella botitas finas de caña blanca, pero ajadas ya y con el tacón torcido. Los chicos eran de diversos tipos. Estaba el que va para la escuela con su cartera de estudio, y el pillete descalzo que no hace más que vagar. Por el vestido se diferenciaban poco, y menos aún por el lenguaje, que era duro y con inflexiones dejosas.

En el infierno

Avanzaron por el corredor, y a cada paso un estorbo. Bien era un brasero que se estaba encendiendo, con el tubo de hierro sobre las brasas para hacer tiro; bien el montón de zaleas o de ruedos, ya una banasta de ropa; ya un cántaro de agua. De todas las puertas abiertas y de las ventanillas salían voces o de disputa, o de algazara festiva. Veían las cocinas con los pucheros armados sobre las ascuas, las artesas de lavar junto a la puerta, y allá en el testero de las breves estancias la indispensable cómoda con su hule, el velón con pantalla verde y en la pared una especie de altarucho formado por diferentes estampas, alguna lámina al cromo de prospectos o periódicos satíricos, y muchas fotografías. Pasaban por un domicilio que era taller de zapatería, y los golpazos que los zapateros daban a la suela, unidos a sus cantorrios, hacían una algazara de mil demonios. Más allá sonaba el convulsivo tiquitique de una máquina de coser, y acudían a las ventanas bustos y caras de mujeres curiosas. Por aquí se veía un enfermo tendido en un camastro, más allá un matrimonio que disputaba a gritos. Algunas vecinas conocieron a doña Guillermina y la saludaban con respeto. En otros círculos causaba admiración el empaque elegante de Jacinta. Poco más allá cruzáronse de una puerta a otra observaciones picantes e

Aceitero. Estampa muy de época, este aceitero ilustra el clima de una sociedad no industrializada

irrespetuosas. «*Señá* Mariana, ¿ha visto que nos hemos traído el sofá en la rabadilla? ¡Ja, ja, ja!».

…

Pasaron junto a las dos damas figuras andrajosas, ciegos que iban dando palos en el suelo, lisiados con montera de pelo, pantalón de soldado, horribles caras. Jacinta se apretaba contra la pared para dejar paso franco. Encontraban mujeres con pañuelo a la cabeza y mantón pardo, tapándose la boca con la mano envuelta en un pliegue del mismo mantón. Parecían moras; no se les veía más que un ojo y parte de la nariz. Algunas eran agraciadas; pero la mayor parte eran flacas, pálidas, tripudas y envejecidas antes de tiempo.

Por los ventanuchos abiertos salía, con el olor a fritangas y el ambiente chinchoso, murmullo de conversaciones dejosas, arrastrando toscamente las sílabas finales. Este modo de hablar de la tierra ha nacido en Madrid de una mixtura entre el deje andaluz, puesto de moda por los soldados, y el dejo aragonés, que se asimilan todos los que quieren darse aires varoniles.

Nueva barricada de chiquillos les cortó el paso. Al verles, Jacinta y aun Guillermina, a pesar de su costumbre de ver cosas raras, quedáronse pasmadas, y hubiérales dado espanto lo que miraban, si las risas de ellos no disiparan toda impresión terrorífica. Era una manada de salvajes, compuesta de dos tagarotes como de diez y doce años, una niña más

chica y otros dos *chavales,* cuya edad y sexo no se podía saber. Tenían todos ellos la cara y las manos llenas de chafarrinones negros, hechos con algo que debía de ser betún o barniz japonés del más fuerte. Uno se había pintado rayas en el rostro, otro anteojos, aquél bigotes, cejas y patillas con tan mala maña, que toda la cara parecía revuelta en heces de tintero. Los pequeñuelos no parecían pertenecer a la raza humana, y con aquel maldito tizne extendido y resobado por la cara y las manos semejaban micos, diablillos o engendros infernales.

«Malditos seáis… –gritó la zancuda, cuando vio aquellas fachas horrorosas–. ¡Pero cómo os habéis puesto así, sinvergüenzones, indecentes, puercos, marranos…!».

–En el nombre del Padre… –exclamó Guillermina persignándose. –¿Pero has visto…?

10
VERANEOS

El Madrid galdosiano adquiría un rostro muy moderno con la diáspora veraniega, como refleja esta página de La de Bringas, que propone nuevos escenarios, al hilo de la familia homónima y las que se refieren al impacto de la estación estival en la aristocracia, como se recoge en el pasaje que se cita de *La familia de León Roch*.

El río Manzanares. Ilustración de época

Por las mañanas toda la familia bajaba al Manzanares, donde Isabelita y Alfonsín [Bringas] se bañaban. El papá había sacado nuevamente a luz su traje de mahón, y con esto, y el sombrero de paja parecía que acababa de venir de La Habana. Resguardados de la luz por espejuelos muy oscuros, sus ojos sanaban rápidamente, gracias al puntual cumplimiento del plan curativo que le había dejado Golfín. El aire de la mañana y la alegría del balneario le ponían de muy buen humor, y sin cesar aseguraba que si los tontos que se van fuera conocieran los establecimientos de los Jerónimos, Cipreses, el Arco Iris, la Esmeralda y el Andaluz, de fijo no tendrían ganas de emigrar. También Paquito se arrojaba intrépido a las ondas de aquellos pequeños mares sucios, metidos entre esteras, y nadaba que era un primor, de pie sobre el fondo. A Alfonsín era preciso pegarle para hacerle salir, y la niña no entraba sino a la fuerza. Regresaban los cinco lentamente, los pequeños con apetito de avestruces, don Francisco [Bringas] muy contento y también con propósitos de no desairar el almuerzo. Para bajar al río, la Bringas tenía que vencer la repugnancia que aquello le inspiraba. Sólo por amor de sus hijos era ella capaz de hacer tal sacrificio. Le daban asco el agua y los bañistas, todos gente de poco más o menos. No podía mirar

Los viajeros. El dibujante de la época los describe con trazos costumbristas

sin horror los tabiques de esteras, más propios para atentar a la decencia que para resguardarla, y el vocerío de tanta chiquillería ordinaria le atacaba los nervios.

Deslizábanse…, con lentitud tediosa [los días] del mes de Agosto, el mes en que Madrid no es Madrid, sino una sartén solitaria. En aquellos tiempos no había más teatro de verano que el circo de Price, con sus insufribles caballitos y sus clowns que hacían todas las noches las mismas gracias. El histórico Prado era el único sitio de solaz, y en su penumbra los grupos amorosos y las tertulias pasaban el tiempo en conversaciones más o menos aburridas, defendiéndose del calor con los abanicazos y los sorbos de agua fresca. Los madrileños que pasan el verano en la Villa son los verdaderos desterrados, los proscritos, y su único consuelo es decir que beben la mejor agua del mundo.

El veraneo de la aristocracia (la familia de León Roch)

El pronóstico de los médicos fue muy triste. Sin embargo, indicaron que el desenlace funesto estaba aún lejano, con lo cual hubo esperanzas y algún sosiego en la casa. Tan consolador es el tiempo que está por venir como el que ha pasado, y las desgracias aplazadas, así como las trascurridas, se pierden en ese indeterminado horizonte detrás del cual está el ancho hemisferio del olvido. En la familia de Tellería empezó a renacer la calma, y cada individuo de ella fue recobrando poco a poco su habitual fisonomía. Gustavo [Sudre], era diputado y pasaba todo el día en el Congreso. La marquesa, sin dar completamente tregua a la pena real que la dominaba, había recobrado aquella dulce expresión de conformidad con el mundo terrestre, mezclada siempre de cierto pietismo quejumbroso, de lo cual resultaba una especie de resignación a gozar. Las cosas fútiles la ocupaban largas horas. Una mañana encontrola León muy indeci-

Vista del Campo del Moro desde las riberas de río Manzanares: uno de los paisajes más encantadores de aquel Madrid

sa enfrente de una elección de sombreros de verano, traídos de la tienda. Había allí todas las variedades creadas cada mes por la inventiva francesa. Veíanse nidos de pájaros adornados de espigas y escarabajos, esportillas hendidas con golpes de musgo, platos de paja con florecillas silvestres, casquetes abollados, pleitas informes con picos de candil, cubiletes con alas de chambergo y pechugas de colibrí, solideos rodeados de gasas, en fin, todas las formas extravagantes, atrevidas o ridículas con que la fantasía delirante de los artistas de modas emboba a las mujeres y arruina a los hombres. La marquesa los miró todos, agraciando a cada cual con una observación picante y discreta, como mujer de refinadísimo gusto. Se puso algunos, los probó ante el espejo, moviendo su cabeza para buscar mejor los efectos de

línea y de color, y, al fin, los devolvió todos a la caja, diciendo:

–No compro nada... Todavía es posible que vayamos a Francia... Allí compraré, como otros años, todo lo que necesite, y lo introduciré... lo introduciré... Yo me sé entender con la Aduana. Sí, es posible que vayamos... ¿Pero no sabes, León [Roch]...?

…

–¿No sabes, León? –prosiguió Milagros [Sánchez Botín, marquesa de Tellería]–. Esa mala cabeza de Leopoldo se nos marcha esta tarde. Va a Biarritz con esos chicos, con sus amigotes. No le he podido contener... le he demostrado que, quedándonos aquí todos por acompañar a Luis [Gonzaga de Sudre], él también debe quedarse. Dice que necesita los baños de mar, y no le falta razón... Aprovecha la marcha del duque de Cerinola y del conde de Garellano, que tienen coche-salón.

Un criado a quien se preguntó por Polito [Leopoldo] dijo que el señorito Leopoldo había dicho que almorzaba fuera; que del palacio de sus amigos partiría para la estación, sin volver a la casa de sus padres. Su equipaje estaba ya hecho y las maletas cerradas.

Tan extraordinaria manera de despedirse, demostrando a las claras el cariño filial y fraternal de aquel benemérito mancebo, afligió un tanto a la marquesa, que en medio de sus desvaríos, no carecía de afectos ni de conciencia. Leopoldo era, según ella, un chico detestablemente educado, aunque no por culpa de su madre; un calaverilla empedernido, insensible a todo dulce afecto, y que, por montar un caballo prestado, o guiar un coche ajeno, o viajar en el wagón del amigo, o estrechar la mano de Higadillos [el torero], o poner a una carta unos cuantos duros, era capaz de volver la espalda a su familia en los momentos de mayor conflicto.

El marqués [de Tellería], que se acababa de presentar, vistiendo elegantísimo traje claro de verano, recibió la noticia con escepticismo mundanal, que parece en ciertas bocas la fórmula más pura del buen gusto.

–Es natural –dijo– que los muchachos se diviertan... Después viene la edad madura, los achaques, las graves preocupaciones de una posición social consagrada a la vida pública, el reuma... por ejemplo; aquí estoy yo, que a todo trance necesito un poco de carena... y no puedo menos de tomarla. El médico se ha puesto furioso cuando le dije que no podía salir este verano... «¿Cómo se entiende, señor marqués?... Un jefe de familia no debe descuidar su salud. Le condeno a usted a baños. ¡Sentencia inapelable!». En resumen, queridos, he resuelto marcharme mañana.

La estupefacción de la marquesa parecía despecho y enojo. ¡Todos libres y ella esclava, amarrada al nefando potro del veraneo en Madrid, a ese potro no tan ignominioso por lo molesto como por lo cursi!

–Nuestro querido Luis –añadió D. Agustín [de Sudre, marqués de Tellería] acariciando la barba de su hijo– mejora de día en día. No hay cuidado por él. Le conviene el reposo. Un verano en Madrid, al lado de su madre... Con cuánto gusto os acompañaría; pero estoy fatal. Varios amigos me han comprometido a tomar con ellos el tren de mañana.

Al decir esto se había quedado solo con León, porque Milagros con sus dos hijos gemelos pasó al comedor.

–Yo no hago aquí falta –prosiguió el marqués, paseando en compañía de su hijo por la hermosa sala adornada de los mil preciosos cachivaches de exportación francesa en tapicería, cerámica y mueblaje que han venido a llenar en las casas aristocráticas el vacío de las verdaderas obras de arte, arrancadas de su esfera natural por las quiebras y llevadas a los museos por el dilettantismo del Estado–, yo no hago falta aquí. Ya debes suponer que no me voy tranquilo. Por cierto

que me enfada la ligereza de mis hijos, huyendo a la desbandada de la casa paterna, cuando la pobre Milagros necesita de su compañía para sobrellevar la enfermedad de Luis... porque Luis está grave, no nos hagamos ilusiones. Yo creo que tirará; puede ser que rebase este otoño; pero el invierno... de todos modos, los chicos han hecho mal, muy mal. Leopoldo se va esta tarde, y Gustavo [de Sudre], mañana. No lo hubiera creído en Gustavo; pero ya se ve... está enamorado, perdidamente enamorado. La marquesa de San Salomó parte mañana para Arcachón, París y El Havre. Gustavo sale también para el extranjero, y ya sabemos que las cartas se le han de dirigir sucesivamente a Arcachón, París y El Havre. Bonito viaje, ¿no es verdad? La marquesa de San Salomó es linda y elegante; mi hijo tiene grandes atractivos...; pero ¡quién sabe si será verdad lo que dicen! Yo no lo creo. No hay duda de que la oratoria ardiente de Gustavo, sus defensas briosas del catolicismo, hicieron estragos en las tertulias elegantes. Desde muy temprano era de ver la tribuna llena de preciosas cabezas, adornadas de los más lindos sombreros, y allí se oía un murmullo delicioso de disputas y alabanzas. Porque eso sí: tenéis que confesar que la mujer es entre nosotros salvaguardia de las venerandas creencias de nuestros padres. ¿Queréis hacer la transformación de las conciencias, señores ateos?, pues empezad por suprimir esa encantadora mitad del linaje humano... La verdad es que Gustavo habla maravillosamente: sus palabras de fuego conmueven la Cámara y alborotan las tribunas. Luego ha escogido un tema tan simpático, tan elocuente de por sí, un tema que habla al sentimiento, al alma, a la fe, a lo que hay más sagrado, de más divino en nuestra alma, y que se conforma admirablemente con la hidalguía castellana. El marqués de Fúcar me dijo ayer guiñando el ojo: «Tellería, este chico sabe el camino...». Yo también lo digo: Gustavo sabe a dónde va... y por dónde se va. Reúne tantas buenas cualidades, que es, como me decía en la tribuna del Senado D.

Cayetano Polentinos, «un verdadero archivo de esperanzas». Talento, buena figura, ese ardor parlamentario... No obstante, me hubiera gustado ver en él un poco más de apego a la familia... Que emigre yo, tan necesitado de reposo y salud; pero Gustavo... Comprendo la atracción invencible de una mujer como la San Salomó... Ya, ya vamos. *(Se había presentado un lacayo, diciendo que el almuerzo se enfriaba).* ¿Tienes ganas de almorzar, León? A ti también te sentaría levantar el vuelo.

Al día siguiente, León despedía en el embarcadero del Norte al marqués y a Gustavo, que iban en el mismo tren, pero en coche distinto, en compañía distinta, aunque ambos con billetes de favor, debido a la amistad con los consejeros de Administración.

11
EN LOS TOROS Y EN EL TEATRO

Los personajes de Galdós, los personajes del Madrid pudiente, frívolo y galante, se divertían en los toros y en el teatro, sobre todo. Baste para ilustrar lo primero este pasaje de *Lo prohibido*.

Para distraerlos a ellos y distraerme yo, les llevé algunos domingos a los toros. Tomaba un palco, y nos metíamos en él los tres, con más algún otro amigo. Mi tío Rafael [Bueno de Guzmán] se entusiasmaba con todos los incidentes de la lidia, y de sus ojos salían ríos. Serafín [Bueno de Guzmán] no hacía más que *guipar* a derecha e izquierda, buscando las caras bonitas. En la Plaza fue, bien lo recuerdo, donde Severiano [Rodríguez] me dio la noticia de que el marqués de Flandes se había declarado también huido. «¿A qué me vienes a mí con esos cuentos? ¡Ni qué me importa a mí…!». Pero aunque yo no quería saber nada, me contó la anécdota del día. No era preciso bajar mucho la voz,

A los toros. **Eran en la segunda mitad del XIX la fiesta nacional por excelencia, de raigambre muy popular. Lagartijo, Frascuelo y otras figuras del toreo pasaban por ser auténticos ídolos de masas**

***La infanta Isabel de Borbón y la marquesa de Nájera a la salida de los toros,* de José María López Mezquita, 1915.**

porque don Rafael, entusiasmado con su homónimo Lagartijo [Rafael Molino], no oía lo que en el palco se hablaba. «Pues sí, Manolo Flandes ha salido para Francia con las manos en la cabeza, dejando muchos créditos sin pagar. La pobre Eloísa [Bueno de Guzmán] se encuentra otra vez en las uñas de los *ingleses,* y me temo que de esta vez me la han de ahogar de veras…

Apencará al fin por [Alejandro] Sánchez Botín, uno de nuestros primeros reptiles, y sin género de duda el primero de nuestros antipáticos…».

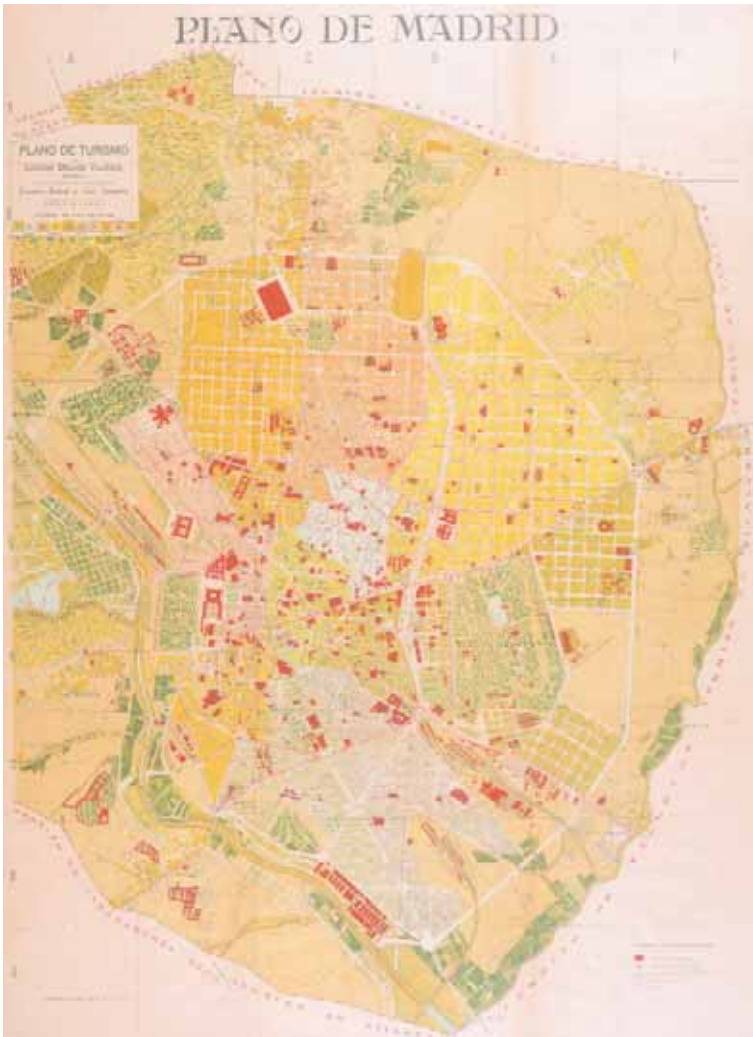
Y de lo segundo este fragmento de *Miau*.

Incluso la familia Santa Cruz estaba abonada al Real.

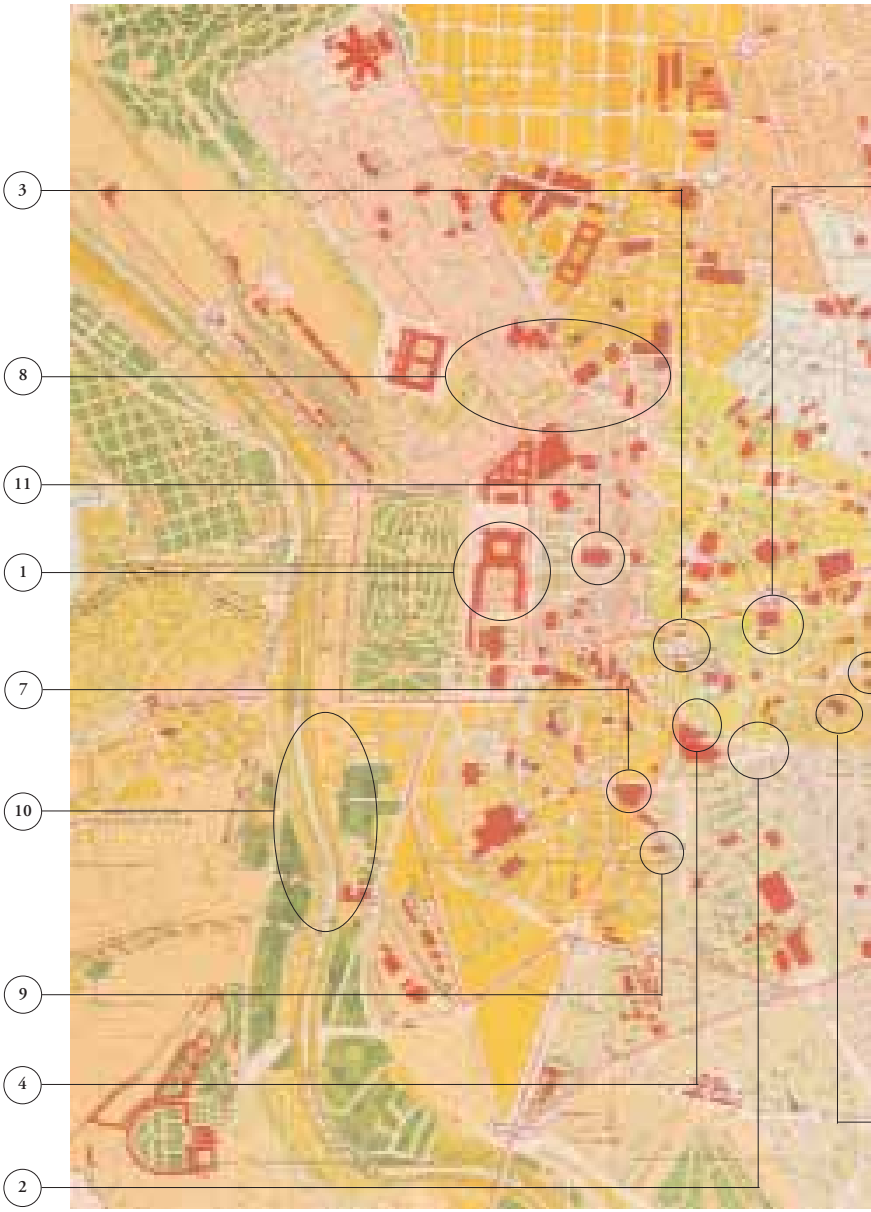
Abelarda se resistió a esta trapisonda asegurando que ni en pedazos la llevarían a butacas de aquella manera, y así quedó la cuestión. Todo se redujo a ir a delantera de Paraíso una noche que dieron *La Africana,* y al punto de sentarse las tres cundió por la concurrencia de aquellas alturas el comentario propio de tan desusado acontecimiento. «¡Las *Miaus* en delantera!». En diez años no se había visto un caso igual. La vasta gradería del centro y las laterales estaban llenas de bote en bote. Las *Miaus* eran conocidas de todo aquel público como puntos fijos del paraíso, siempre en la última fila lateral de la derecha junto a la salida. La noche que faltaban notábase un vacío, como si desaparecieran los frescos de la techumbre. No eran ellas las únicas *abonadas a paraíso,* pues innumerables personas y aun familias se eternizan en aquellos bancos, sucediéndose de generación en generación. Estos beneméritos y tenaces dilettanti constituyen la masa del entendido público que otorga y niega el éxito musical, y es archivo crítico de las óperas cantadas desde hace treinta años y de los artistas que en las gloriosas tablas se suceden. Hay allí círculos, grupos, peñas y tertulias más o menos íntimas; allí se traban y conciertan relaciones; de allí han salido infinitas bodas, y los tortoleos y los telégrafos tienen, entre romanza y dúo, atmósfera y ocasión muy propicias. Desde su delantera, las *Miaus* saludaron con sonrisas a los amigos que en la banda de la derecha y en el centro tenían, y de una y otra parte las saetaron con miradas y frasecitas del tenor siguiente: «Mira qué sílfide está doña Pura. Se ha traído toda la caja de polvos». «Pues ¿y la hermana con su cinta de terciopelo al cuello? Si las tres

traen cinta negra no les faltará el cascabelito para estar en carácter». «Mira, mira con los gemelos a la *Miau* chica; tiene que ver. Aquel traje café y leche es el que llevaba el año pasado la mamá. Le ha puesto unas cintas coloradas, que parecen de caja de cigarros». «Sí, sí, son de mazos de cigarros». «Pues la otra, la cantante averiada, trae el vestido que debió de sacar en el Liceo Jover cuando hizo la parte de [Santa] Adalgisa». «Sí, mira, mira; es una túnica romana con grecas y todo. ¡Qué clásica está!».

La actriz María Álvarez Tubau en *La Criolla*. Nacida en Madrid en 1854, apareció en escena en la década de los sesenta. Se distinguió por interpretar teatro francés. Alcanzó gran resonancia en América Latina. Destacada actriz del teatro de la Princesa. A Fortunata le gustanban «los dramas en que hay escenas que le hacen llorar a una»

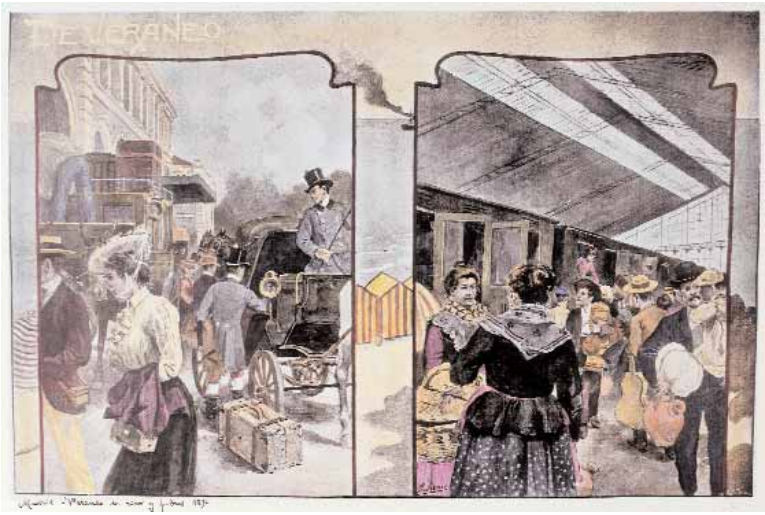


El término municipal de Madrid hacia 1900. Los colores corresponden a los distritos municipales



Topografía de Madrid galdosiano, con las referencias a los capítulos de esta Guía

4
11
7
5
6
9



Los viajeros. Las iustraciones captan el tráfago, la ebullición de estas situaciones

1. Relacionar *La carga de los mamelucos*, de Goya, con la narración de Pérez Galdós.

2. Comparar la ilustración sobre el asesinato del general Prim con la narración galdosiana.

3. Buscar las concordancias entre el hipotético retrato de Fortunata de Ramón Casas y la descripción de Galdós.

4. Examinar los elementos comunes de *La catedral de los pobres*, de Joaquín Mir, y los textos galdosianos sobre la parroquia de San Sebastián.

5. ¿Qué situación evocan las andanzas de Fortunata, mujer sin oficio ni beneficio?

6. El talante de la familia política de León Roch. ¿Es el retrato galdosiano positivo para la aristocracia?

7. ¿Qué sociedad emerge de estas páginas? Recuérdense los comentarios de Mariano Rufete (páginas 81 a 84).

8. Anotar la impresión personal que suscitan las páginas aquí elegidas de Galdós.

Inauguración del monumento a Galdós, obra de Victorio Macho, en el Parque del Retiro de Madrid, el 19 de enero de 1919, en presencia del autor

1. Cava de San Miguel, casa de Fortunata, plaza Mayor (algún comercio de recuerdo galdosiano).

2. Arcos de la plaza Mayor: Cuchilleros, Boteros, calle del Siete de Julio; arco que desemboca en la calle de Toledo.

3. Calle de Toledo –hacia el Rastro (pasando por la calle Basteros)–.

4. Calle de Postas, plaza y calle de Pontejos, calle de la Sal.

5. Puerta del Sol, calle de Sevilla, Fuente de la Cibeles, Parque del Retiro (monumento a Galdós, de Victorio Macho); hacia la antigua Plaza de Toros (actual Palacio de los Deportes).

6. Puerta del Sol, calle Arenal hasta la plaza de Ópera (Teatro Real).

7. Visita a la plaza de la Cebada.

8. Recorrer la calle del Marqués de Cubas (antigua calle del Turco) y señalar los tramos cruciales del atentado contra el general Prim.

9. Al hilo de la lectura de los capítulos, reconocer la topografía del Madrid galdosiano sirviéndose de los planos incluidos en esta guía, y especialmente del de las páginas 124-125.

Madrid en Galdós, Galdós en Madrid: mayo 1988. Madrid, Palacio de Cristal del Retiro, Comunidad de Madrid, Consejería de Cultura, Dirección General de Patrimonio Cultural, Madrid, 1988.

Gullón, Germán (ed.), *Fortunata y Jacinta*, Taurus, Madrid, 1986.

Montesinos, José F., *Galdós,* Castalia, Madrid, 1968-1970 (I, II y III).

Ortiz-Armengol, Pedro, *Vida de Galdós,* Crítica, Barcelona, 1995.

Pla, Carlos y otros, *El Madrid de Galdós,* Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 1987.

Rogers, Douglas M. (ed.), *Benito Pérez Galdós,* Taurus, Madrid, 1979.

Las ediciones de Galdós son innumerables y se encuentran en todas las casas editoriales de cierto peso. Las obras de Galdós son de dominio público desde 2000.

ÍNDICE DE NOMBRES

Adalgisa, santa, 122
Aguas, calle de las, 35-36
Águila, calle del, 36
Alcalá, calle de, 65
Alfonso XIII, 19
Almotacén, 103
Almudena, el ciego, 98, 100-102
Amadeo I (Amadeo de Saboya), 63, *78*
Amargura, boca de, 44
Amargura, calle de la, 46
Amaniel, calle de, 89
Amparo, *véase* Sánchez Emperador, Amparo, 21
Ancha, calle, *77*
Ángel, plaza del, 95-96
Aparisi, (concejal), 108
Araceli, Gabriel, *57*
Areneros, paseo de, 88
Armería, 20
Arnaiz el Gordo, Bonifacio, 25
Arnaiz, Jacinta, 24, 52
Atocha, calle de, *71*
Austrias, 15
Barrionuevo, calle de, 24, *73*
Bastero, calle del, 105
Benigna, Nina, *(señá Benina),* 97-98, 103
Biarritz, 115
Bonaparte, Napoleón, 56, 59-60
Boteros, arco de, 46
Boteros, boca de, 44
Botín, sobrino de, 44
Bringas, Alfonsín, 112
Bringas, Francisco de, 112
Bringas, Isabelina, 112
Buenavista, rampa de, 65-66
Bueno de Guzmán, Eloísa, 120
Bueno de Guzmán, Rafael, 119
Bueno de Guzmán, Serafín, 119
Burguesía, 24, 38, 81-82
Burlada, la, 98
Caballerizas, 20
Caballero, Agustín, 20-21
Cabeza, calle de la, *73*, 104
Cabrera, 92
Cadalso, Luis, Luisín, 92
Campillo de Manuela, 100
Canal, calle el, 31
Cándida, doña, *17*
Caña, Basilio Andrés de la, 69
Cañizares, calle de, *71*, 95
Capuchinas, 91
Carmen, calle del, 22
Casa de Campo, *35*
Casa de Fieras, 85
Casiana, 97-98
Casta, doña, *75*
Castelar, Emilio, 66
Castellana, paseo de la, *77*, 81
Cebada, plazuela de la, plaza de la, 80
Cementerios, *27*
Chamberí, *77*
Colegiata, calle de la, 31
Concepción Jerónima, 24
Conde de Garellano, 115
Conde Duque, calle del, 88
Congreso, 65-66, 113
Constitución, 48, 62
Cordero, Benigno, 44, 48
Costanilla de los Ángeles, calle de la, 16, 18
Cuarto Estado, 105
Cuatro Calles, 83
Cuatro Caminos, *72*
Delfín, el (Juanito Santa Cruz), 11, 28-29, 38, 40-41, 43-44, 69
Descalzas, calle de las, 21
Dos de mayo, *57*, 84
Duque de Alba, calle del, 25
Duque de Cerinola, 115
El 19 de marzo, *57*
El Escorial, 39
El Rastro, 104-106
Encarnación, la, *17*

Entierro, 25-27, 30, 31
Estrella, calle de la, 21
Estupiñá, Plácido, 26, 38-40, 44
Felipe III, calle de, 71
Fernando VII, (rey de España), 60
Fiel Contraste, 25, 29, 103
Figueras, Estanislao, 66
Florín, calle del, 66
Fortunata, 11, 15, 23-25, 27-29, 31-32, 34, 36, 38-39, 41, 45, 74, 95, 122
Fortunata y Jacinta, 23, 52, 74
Gaitica, 83, 85
Galindo, Beatriz, 81
Golfín, doctor, 112
González Feijoo, Evaristo, 33-36
Guardia Civil, 63, 67
Higadillos, torero, 115
Hita, calle de, 21
I República, 65
Imperial, calle, 25, 28, 32, 103
Independencia, guerras de la, 46
Infierno, callejón del, 44, 46
Isabel II, (reina de España), 62-63, 120
Jacinta, 15, 23, 52-54, 74, 105, 108-109,
Juan de Dios, calle de, 91
La Africana, 121
La desheredada, 81
La incógnita, 37, 77
La Traviatta, 53
Lagartijo, Rafael Molina, 119-120
León, Diego de, 11, 49
Lhardy, 78-79
Limón, plazuela del, 87
Lo prohibido, 62, 119
Los ayacuchos, 49
Los Cien Mil hijos de San Luis, 49, 56
Madrid viejo, 37
Magdalena, calle de la, 24, 32, 73
Maldonadas, callejuelas de las, 80
Manzanares, vega del, 26, 35
Mariana, 109
Marqués de Cubas, calle del, 64
Marqués de Flandes, Manuel, 119
Marqués de Fúcar, 117
Marqués de Pontejos, plaza del, 23
Marqués de Salamanca, 16
Marqués de Tellerías, (Agustín de Sudre), 116
Marquesa de San Salomó, 117
Martínez, Eliseo, 97
Mendizábal, Juan Álvarez, 88-89, 91
Mesón de Paredes, calle de, 98-99
Miau, 87, 121-122
Miaus, las, 93, 121
Milicianos, 46, 47
Ministerio de Ultramar, 72
Miquis, Alejandro, 82
Milicia Nacional, 44
Misericordia, 95
Montaña, vertederos de la, 87, 92
Moreno-Isla, Manuel, 26
Moreno Trujillo, Carlos, 101
Navalón, plazuela de, 17
Novela, 29, 38, 40, 69
Nuestra Señora de Gracia, 80
Olmos, paseo de los, 31
Oriente, plaza de, 15, 17, 20
Pacheco, Guillermina, 54, 105, 108-110
Palacio Real, 15, 17, 20
Palarea (brigadier), 47
Paloma (iglesia), 36
Papitos, criada, 29
París, 12, 117
Parque de Madrid, 81
Parque del Buen Retiro, 81
Parterre, 80, 82
Pavía, general, 65
Perro, callejón del, 21
Pez, Joaquín, 20, 85
Pez, niñas de, 85
Pipaón de la Barca, Rosalía, 15, 21
Plaza de Toros, 19
Plebe, 37
Polentinos, don Cayetano, 118
Polisones, 53
Polito, ver Sudre, Leonardo de, 115, 117
Polo, doña Marcelina, 21
Pontejos, calle de, plaza de, 16, 23, 25-26
Portillo de Gilimón, 26, 34-35
Postas y Vicario Viejo, calle de, 71
Postigo, calle del, 21
Pradera, 55
Prado, paseo del, 113
Preciados, calle de, 16, 22
Price, circo de, 113
Prim, general, 63-65
Progreso, plaza del, 24-25, 37, 73

Propiedad, 69, *70*
Provincia, plaza de, 24
Pueblo, 11, 24, 35, 43-44, *47*, 51, *54*, *56-57*, 81, 84, 88
Puerta Cerrada, 36, 44
Puerta de Moros, 34, 36
Puerta del Sol, 15, 22, *56-57*, 59, 61-62
Pulido, el ciego, 105
Pura, doña, 88, 90, 121
Refugio, (amante de Juan Pablo Rubín), *70*
Relimpio, Melchor de, *85*
Reoyos (familia de Pepe), *75*
Reyes, calle de los, 90, 92
Riego y Muñoz, Rafael de, 80
Robert, Roberto, *79*
Roch, familia, 111, 113
Roch, León, 115
Rodríguez, Severiano, 119
Ronda, 32, 100
Ronda de Toledo, 99
Rondas, calle de las, 31
Rosario, el, *35*
Rosellón, guerras del, *47*
Rubín, Juan Pablo, 69
Rubín, Guadalupe, 29, *54*
Rubín, Maximiliano, Maxi, 29, 34, 69, *70-72*, *74*
Rufete, Isidora, 81
Rufete, Mariano, 83
Sacramental, 16, 19
Sal, calle de la, *71*
Salamanca, marqués de, José de Salamanca y Mayol, 16
Salud, calle de la, 22
Salvador, callejón del, *71*
Samaniego, Aurora, 69, *71*
Samaniego, José, *75*
Samaniego, Olimpia, *75*
Samaniegos, calle de los, 26
San Andrés, *35*
San Francisco el Grande, 36
San Isidro, *35*, *52*
San Isidro, capilla, 81
San Isidro, rampa de, *27*
San Justo, rampa de, *27*
San Marcial, plaza de, 92
San Miguel, Cava de, 38-39, 42-44
San Millán, 80-81
San Pedro, 30
San Pedro Mártir, calle de, *73*
San Sebastián, parroquia, *95*, 105
Sánchez Botín, Alejandro, 121
Sánchez Botín, Milagros, 115
Sánchez Emperador, Amparo, 21
Santa Casilda, 103
Santa Casilda, parador, 99
Santa Catalina de los Donados, 18
Santa Cruz, Baldomero, 26
Santa Cruz, Bárbara, Barbarita, señora de, 40
Santa Cruz, plazuela, *70*, *71*
Santa Cruz, Juan, Juanito, el Delfín, 11, 24, 28-29, 32-34, 38, 40, 43-44, 69
Santa Cruz (familia), 16, 23, 25, 121
Santo Domingo, plaza de, 16
Santo Domingo el Real, *17*
Senado, el, *17*, *117*
Sierra, la, *27*, *35*
Siete de Julio, calle del, 44, 46
Silva, calle de, *17*
Solana, calle de la, 36
Sudre, Gustavo, 113, *117*
Sudre, Leopoldo de (Polito), 115
Sudre, Luis Gonzaga de, 115-116
Suizo, café, 21
Tabernillas, calle de, 26, 34, 36
Tellerías, Luis, 116
Tellería, marqués de (Agustín de Sudre), 116
Toledo, calle de, 11, 25-26, 31, 49-*52*, *54*, *56*, 103
Tormento, 15, 21
Torquemada en la Cruz, 54
Torquemada en la hoguera, 22
Torquemada, Francisco, 22, 30, *54*
Trujillos, calle, 26
Trujillo, Dámaso, 40
Turco, calle del, 63-66
Ventosa, calle de la, 26
Verdugo, callejón del, 24
Villuendas, calle, 26
Villaamil, Ramón, 12, *87*, 89-91
V. O. T., (Venerable Orden Tercera franciscana), *35*
Zapata, Obdulia, 104

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

CUBIERTA: detalle de *La Puerta del Sol hacia 1900*, de Enrique Martínez Cubells (1874-1917). Museo Municipal de Madrid.

INTERIOR:

Retrato de Galdós joven (1843-1920) 4
Benito Pérez Galdós con su perro en el patio de su casa. 13
Plano parcelario de la zona que va desde la Puerta del Sol a la Plaza Mayor (*Plano parcelario de Madrid por el Instituto Geográfico y estadístico… de Carlos Ibáñez e Ibáñez de Ibero.* Madrid, 1877). Ayuntamiento de Madrid. Gerencia Municipal de Urbanismo 15
Fachada principal de la casa de los Santa Cruz, en la Plaza de Pontejos, en la actualidad. Documadrid. 16
Vista del Palacio Real, de L. F. Guirao. Colección María Manzanera 17
La señorita Nantás, de Santiago Rusiñol (1861-1931). Museo Cau Ferrat (Sitges). 18
Jura de Alfonso XIII. Colección María Manzanera 19
Retrato caricatura de Galdós académico. 20
Café Suizo. Cruce con la calle de Sevilla. Ayuntamiento de Madrid. Museo de Historia de Madrid. 21
Plaza del Marqués de Pontejos. Vista de Madrid interior. Ayuntamiento de Madrid. Museo de Historia de Madrid. 23
Balcones de la casa de los Santa Cruz, en la actualidad. Esquina de la calle del Marqués viudo de Pontejos con la calle de la Paz. Documadrid 25
Plano parcelario de la zona de la plaza de Pontejos *(Plano parcelario de Madrid… de Carlos Ibáñez e Ibáñez de Ibero, 1877).* Ayuntamiento de Madrid. Gerencia Municipal de Urbanismo. 26
Organillero. Col. Jesús Revenga y herederos Eduardo Vicente 28
Vendedor. Col. Jesús Revenga y herederos Eduardo Vicente 28
Un entierro de la época. Documadrid. 30
Un coche simón de la época. Detalle de *La Puerta del Sol hacia 1900*, de Enrique Martínez Cubells (1874-1917). Ayto. de Madrid. M. H. 32
La explanada del portillo de Gilimón en la actualidad. Documadrid. 34
Plano parcelario de la zona de la calle de las Aguas *(Plano parcelario de Madrid… de Carlos Ibáñez e Ibáñez de Ibero, 1877).* Ayuntamiento de Madrid. Gerencia Municipal de Urbanismo. 35
Tenderetes en la Plaza Mayor hacia 1900. Ayto. de Madrid. M. H. 37
Almacenes Valdés y García hacia 1904. Hemeroteca Municipal de Madrid. 38
Fachada actual de la casa de Fortunata en la Cava

de San Miguel. Documadrid 39
Posible casa de Fortunata. Escalera en la actualidad. Documadrid..... 41
Puerta situada en la escalera, en la actualidad. Documadrid..... 41
Plano parcelario de la zona de la calle de la Cava de San Miguel *(Plano parcelario de Madrid... de Carlos Ibáñez e Ibáñez de Ibero, 1877)*. Ayuntamiento de Madrid. Gerencia Municipal de Urbanismo 42
Descansillo con vista a la Cava de San Miguel. Documadrid..... 43
¿Era así Fortunata? *Interior*, de Ramón Casas (1866-1932). Colección particular. 45
Arco de Boteros, desde la Plaza Mayor, en la actualidad. Documadrid..... 46
Calle de Cuchilleros, 10 septiembre 1918, de Joaquín Muñoz Morillejo (1861-1935). Ayto. de Madrid. M. H..... 47
Mozo. Ayto. de Madrid. M. H. 49
Calle de Toledo hacia 1900. Ayto. de Madrid. M. H. 50
Calle de Toledo en la actualidad. Documadrid. 51
Escenas costumbristas: contertulios. Ayto. de Madrid. M. H. 52
Un enganchón. Ayto. de Madrid. M. H..... 55
La Puerta del Sol hacia 1900, de Enrique Martínez Cubells (1874-1917). Ayto. de Madrid. M. H..... 56
La acera de la Puerta del Sol. Ayto. de Madrid. M. H..... 57
Carga de los mamelucos, de Francisco de Goya (1746-1828). Museo Nacional del Prado. 59
Estampa coetánea a los acontecimientos que describe la pelea de los patriotas en la Puerta del Sol. 61
Isabel II jurando la Constitución en 1841, de José Castelaro y Perea (1801-1873). Ayto. de Madrid. M. H. 62
Atentado contra la vida del general Prim, en la calle del Turco, la noche del 27 de diciembre de 1870 (La Ilustración Española y Americana). Documadrid 63
Berlina en la que fue asesinado el general Prim. Museo de Carruajes..... 65
Retrato de Galdós por los años en que escribió el episodio nacional *España trágica*. 66
Conjunto de la plazuela de Santa Cruz..... 70
La calle del Ave María en al actualidad. Documadrid. 74
Salón del Prado. Ayto. de Madrid. M. H..... 77
Comercio: ahora. Ayto. de Madrid. M. H. 78
Comercio: antes. Ayto. de Madrid. M. H. 79
Parterre del Parque del Retiro hacia 1900. Archivo Espasa-Calpe. 80
Velocípedos en el Parque del Retiro. Colección María Manzanera. 82
Paseo de Coches del Parque del Retiro hacia 1900. Archivo Espasa-Calpe. 83
Contertulios. Ayto. de Madrid. M. H..... 84
Afueras de Madrid, de Aureliano de Beruete (1845-1912), de 1906. Museo Nacional del Prado. 87
Afueras de Madrid. Camino de Segovia. Una España rural 89
La calle de los Reyes en la actualidad. Documadrid..... 90
Parroquia de San Sebastián..... 95
Hombre con tenderete. Col. Jesús Revenga y herederos Eduardo Vicente 96

Vieja con tenderete. Col. Jesús Revenga y herederos Eduardo Vicente 97
La catedral de los pobres, de Joaquín Mir (1873-1940), de 1898. Colección Carmen Thyssen-Bornemisza. 99
Un mendigo. Detalle de la anterior..... 101
Una mendiga. Detalle de la anterior..... 102
Cava Baja hacia 1900, de L. F. Guirao. Colección María Manzanera. 104
Escena del Rastro con el monumento a Cascorro. Archivo Ruiz Vernacci. IPHE. Ministerio de Cultura. 106
Aceitero. 109
El río Manzanares. Ayto. de Madrid. M. H..... 111
Los viajeros. Ayto. de Madrid. M. H. 112
Vista del Campo del Moro desde las riberas del río Manzanares. Ayto. de Madrid. M. H. 114
A los toros. Ayto. de Madrid. M. H. 119
La Infanta Isabel de Borbón y la Marquesa de Nájera a la salida de los toros, de José María López Mezquita (1883-1954), de 1915. Ayto. de Madrid. M. H. 120
La actriz María Álvarez Tubau en La Criolla, de E. Juliá..... 122
El término municipal de Madrid hacia 1900. (Plano de Madrid. Plano de Turismo por Luciano Delage Villejas [1900]). Ayuntamiento de Madrid. Gerencia Municipal de Urbanismo 123
Topografía de Madrid galdosiano (Plano de Madrid. Plano de Turismo... [1900]) (*ibídem*). 124-125
Los viajeros. Ayto. de Madrid. M. H. 126
Inauguración del monumento a Galdós el 19 de enero de 1919, en presencia del autor, obra de Victorio Macho, en el Parque del Retiro de Madrid..... 128

NOTAS

NOTAS

Títulos publicados

Serie Pueblos y Ciudades

1. La cuenca alta del Manzanares y Rascafría
2. De las ciudades del suroeste a las vegas del sur de Guadarrama
5. Arganda, Chinchón y la Vega del Tajuña
6. Tierras de Buitrago
7. Aranjuez y la Vega del Tajo
9. En torno al Alberche
11. El valle del Jarama
13. Tierras de Alcalá
14. Entre el Jarama y el Torote
15. Camino de Andalucía
17. Del valle del Lozoya al embalse del Vellón
18. El puerto de Navacerrada y El Escorial
19. El oeste de Madrid
20. Las grandes ciudades del norte y el camino de la sierra

Serie Guías Culturales

4. El Madrid del 98. Arquitectura para una crisis: 1874-1918
10. El Madrid del 27. Arquitectura y vanguardia: 1918-1936
12. Guía histórica de las bibliotecas de Madrid
16. Guía histórica de la música en Madrid
21. Guía del Madrid galdosiano
22. Guía del Madrid barojiano
23. Guía del Madrid de Juan Ramón Jimenez

Serie Literatura

3. Rey Silvestre Paradox y Paradox
8. Relatos de Madrid (Siglos XVII-XIX)

Próxima aparición

24. Guía del Madrid de Ortega
25. Guía del Madrid romántico

Biblioteca Madrileña de Bolsillo

GUÍAS CULTURALES

Benito Pérez Galdós (1843-1920) ha sido el gran escritor de Madrid. Él elevó la realidad de la ciudad, a la que llegó muy joven desde su Canarias nativa, a la condición de espacio mítico, que tiene hoy un lugar asegurado en la mejor novela europea. Como el Londres de Dickens o el París de Balzac, autores con los que se empareja el gran novelista español, el Madrid galdosiano concilia realidad y ficción, realismo y mito, crónica urbana y poesía profunda.

Esta obra propone un recorrido muy preciso por algunos de los caminos y lugares preferentes del Madrid que concibió el más grande de nuestros novelistas después de Cervantes. Enlazando vida y literatura, esta Guía didáctica pretende introducir al escolar y al lector interesado o visitante de nuestra ciudad en un Madrid fabuloso, pero que guarda aún huellas del cercano ayer. Como complemento se incluyen mapas del Madrid de don Benito, se plantean propuestas didácticas y se indican rutas para rehacer la topografía galdosiana.

Miguel García-Posada es Doctor en Filología Hispánica por la Universidad Autónoma de Madrid. Ha publicado más de una treintena de libros de crítica literaria, así como cerca de dos mil artículos en la prensa ordinaria y especializada, cuenta en su haber con varios títulos de creación, y ha dedicado varias obras a la didáctica de la literatura, entre ellas la *Guía del Madrid barojiano,* publicada en esta misma colección.

GUÍA DEL MADRID GALDOSIANO

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

La Suma de Todos
www.madrid.org

ISBN 978-84-451-3131-2